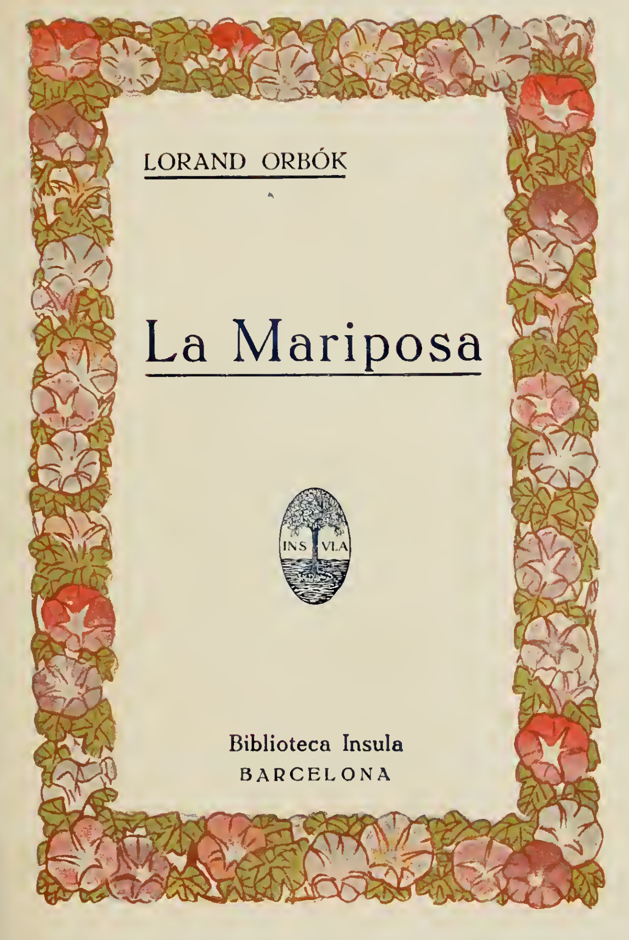


LORAND ORBÓK

# La Mariposa

Biblioteca Insula
BARCELONA

# LA MARIPOSA

Talleres Graficos de las ediciones Insula
Santa Teresa, 9 :-: Gracia - BARCELONA

LORAND ORBÓK

# La Mariposa

Comedia dramática húngara en tres actos,
vertida al español por
LUIS ALMERICH




Biblioteca ÍNSULA
BARCELONA — 1918

# PERSONAJES

PEDRO
PABLO
MARGARITA
D.ª JULIA
EL DOCTOR
EL SECRETARIO

Un botones y personajes que no hablan.

I Acto: EL JUEGO
II » LA MUERTE
III » LA VIDA

La acción se desarrolla en Budapest, durante tres noches de primavera, cada una de ellas correspondiente al año sucesivo.

# NOTAS DEL TRADUCTOR

Lorand (¿Laureano? ¿Lorenzo? No he sabido resolver el problema de traducción del nombre patronímico de Orbók—apellido este también sin raíces húngaras que permitan escarceos etimológicos—y en húngaro lo dejo). Lorand Orbók pertenece a la brillante pléyade de autores nuevos que en Budapest mantienen en alto los prestigios literarios de la maravillosa raza, tan desconocida y, sin embargo, tan digna de estudio serio y de profundo examen.

Nació Orbók el 6 de Marzo de 1884, en Pozsony (Hungría), y vió por primera vez representada una obra suya, en el Teatro Nacional de Kolozvár (capital de la Transilvania). Fué su drama *Juan el loco* (Bolond stók), que hizo pensar en la existencia de un nuevo autor originalísimo, tanto en la concepción de los asuntos como en su desarrollo.

Poco después, Orbók, ansioso de mayor gloria, fué a la capital, donde más tarde han sido representadas todas sus obras, aunque no sin el cruento calvario de los autores noveles. Su arte, nada convencional, encontraba resistencias que luego supo vencer, manteniendo, empero, con admirable intransigencia, la integridad de sus obras.

Justamente esta lucha, esa larga espera estéril del autor, ya reconocido por los hombres de teatro, ha sido la inspiradora de *A Pillango* (La Mariposa), que, ahora, lector, podrás saborear a tu placer.

Durante esta época de lucha y de espera, Orbók, impaciente, rebelde, con la sana rebeldía de la juventud, hizo representar en un teatrillo de polichinelas, una serie de comedias irónicas, en las cuales satirizaba deliciosamente a sus inconscientes enemigos, el mundo oficial y académi-

co. Estas representaciones le valieron una inmensa popularidad, aun antes de llegar a escalar los grandes teatros.

Después de *Juan el loco,* escribió Orbók buen número de dramas; pero por caprichosa paradoja, el autor de dramas sombríos en tiempos de paz, tuvo un éxito de risa formidable, durante las tristes jornadas de la guerra. En el Teatro de la Alegría, de Budapest, representaban el día 2 de Octubre de 1914, en un instante en que los rusos estaban a la frontera de Hungría, su comedia *A Tündér* (El Hada), que obtuvo un triunfo clamoroso.

La crítica saludó entonces al autor como al fundador de una nueva escuela cómica, y el público le llamaba a escena con entusiasmo delirante. Desgraciadamente, Orbók no podía gozar de su triunfo. Orbók era prisionero de guerra en Francia, según nos cuenta el famoso crítico del *Pester Lloyd,* Ernesto Lorsy: «El autor sufre las tristezas de esta época que vivimos, mientras que en su patria el vástago soberbio de su espíritu hace olvidar a un público solemne, durante varias horas, las tristezas del momento» *(Pester Lloyd,* 12-10-14).

Orbók ha sido traducido ya al alemán, habiéndose dado a conocer sus obras en el Volksbühne (Viena). Su labor de comediógrafo, aparte de las obras mencionadas, registra los siguientes éxitos: *Luz* (Világosság), drama en un acto; *Querida madre* (Edés Anyam), drama en tres actos; *Leyenda de María* (Maria legenda), leyenda en tres actos; *La misa negra* (A Fekete Mise), leyenda trágica en tres actos; *Casanova,* comedia en tres actos, y *Stevenson,* comedia en tres actos.

Esta es, a grandes rasgos, la personalidad del exquisito autor húngaro, cuyo nombre encabeza la primera obra de esta Biblioteca, y que ojalá sea venturoso airón que la conduzca a feliz término.

*L. Almerich.*



# PROLOGO

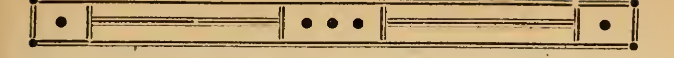
## DEL AUTOR Á LOS ESPECTADORES

(El actor que haya de interpretar el papel de Pedro, aparece ante el telón. Cubre su cuerpo una capa española, y su semblante, un antifaz negro. Habla tímidamente al público):

*Soy el autor... Llego de lejos... Yo te saludo, pueblo caballeroso y hospitalario, en cuyo corazón se refleja el fulgor eterno de tu cielo azul... Te saludo tembloroso, porque llego de un país lejano, donde los inviernos tienen más brumas, los otoños más tormentas y los ojos más lágrimas... Temo que mi lenguaje te parezca extraño y que, a despecho de la brillante veste del idioma castellano que lo cubre, lo encuentres demasiado triste para tu espíritu, habituado a la sonrisa eterna de tu cielo, tus mares y tus flores... Entornad por un momento los ojos, amables señores, para sumiros en las sombras de los sueños... ¡Que la noche os envuelva, dejando llegar a vuestros corazones esa dulce tristeza que rehuye la luz del día! Cerrad los ojos, abismando en la noche cuanto pudiese ser obstáculo entre nosotros, para que mi voz llegue directamente*

*a vuestros corazones, y estoy seguro de que me comprenderéis! Porque las lágrimas son las mismas en todas las latitudes... y si un sol más ardiente las seca con mayor rapidez, no por ello dejarán de ser abrasadoras... Cerrad los ojos para que ninguna otra visión se interponga entre vuestro corazón y mi sueño, el sueño que os ofrezco. Sin embargo, sospecho que voy mostrándome muy exigente... No temáis... Voy a hacer que apaguen las luces...* (Dirigiéndose hacia el interior de la escena). *¡Apagad las luces!* (Las luces de la sala de espectáculos, van apagándose una tras otra). *¡Qué la noche os sumerja en las sombras de los sueños... y seguidme hacia la noche de la muerte... hacia la luz de la vida!...* (Sale. Las luces quedan totalmente extinguidas. Obscuridad completa. Se alza el telón).





# ACTO PRIMERO

## EL JUEGO

La escena aparece completamente a obscuras y solo hacia el fondo asoma tímidamente la luz del crepúsculo vespertino. En esta noche, dos gusanos de luz se mueven inquietos, encendiéndose y apagándose. A cada fulguración, uno y otro alumbran un rostro durante unos segundos. De estos rostros, uno es alargado y anguloso y nos hace suponer un cuello todo músculos; el otro es pálido, un poco afeminado, pero con expresión de reto. Cuando esos gusanos de luz, esos cigarros encendidos se apagan, los semblantes quedan en la obscuridad y se oye únicamente las voces, una sonora y robusta, la otra de un timbre fresco pero leve.

### ESCENA PRIMERA

PABLO y PEDRO

PABLO Tienes razón. En esta época, Budapest es bien poco agradable... *(Silencio. Pedro bosteza).* Barro por todas partes... La nieve fundida cae de los tejados desgranada en gotas negras... El Danubio está sucio como si hubieran lavado en él, toda la ropa del invierno... *(Otra pausa. Pedro bosteza de nuevo).*

PEDRO En el bosque, los árboles comienzan a retoñar...

PABLO ¡Pobre bosque!... Completamente cenagoso... ¡Y esos arbolillos enclenques que parecen tiritar y querer tirar de sus raíces para escaparse de la tierra!... *(Silencio).* Es preciso marchar... *(Silencio).*

PEDRO Es preciso marchar... Estaba pensando en lo mismo...

PABLO Sí, no hay mas... Me marcho esta noche misma...

PEDRO Pero, ¿a dónde irás?

PABLO A mis posesiones de Szilas *(Pedro se sonríe).* Sí, amaneceré allí pasado mañana... La buena vida...

Por la mañana la criada me traerá a la cama el café con leche y el panecillo tierno y sabroso... Saltaré del lecho... Abriré los postigos, y los rayos alegres de un sol de primavera inundarán mi cuarto, trayéndome en su polvo dorado, el perfume de las tierras acabadas de labrar... Alrededor de pozos, las muchachas campesinas estarán retozando y sus faldas cortas dejarán ver sus pantorrillas carnosas y torneadas... En el patio, una vieja criada cantará (*tararea una cancioncilla popular del país*). Y, así, todas las mañanas. Yo no tendré más que abrir la ventana, y la canción vendrá a saludarme y a darme los buenos días... (*Continúa tarareando la canción. Luego, un instante de silencio*). Y tú, ¿a dónde irás?

PEDRO (*Después de una breve pausa*). Hacia el Mediodía... A la Riviera... Justamente, ahora florecen las lilas alrededor de mi castillo... Blancos racimos por todas partes... Las columnas de mármol de Carrara parecen pardas a su lado... (*Pablo sigue tarareando su canción*). Cada mañana saldré a caballo... Me place cabalgar a lo largo de los campos sembrados de violetas o de las playas cuajadas de arena dorada. (*Pablo continúa su tarareo*). A mediodía, a bañarme... Voy lejos, muy lejos, de espaldas a la playa... Así no veo mas que el mar y el cielo, que es allí tan azul, que creo hallarme encerrado en un globo de zafir... (*Pablo no cesa en su musiquita. Pausa. De pronto*):

PABLO ¿Irás con Margarita?

PEDRO Sí, me la llevaré conmigo .. Porque si no estuviese a mi lado, soñaría en ella y olvidaría mis otros sueños... Ya que si me voy, es para escribir páginas tan hermosas, que me extremezco de pensar en ellas...

## ESCENA SEGUNDA

### Dichos, mas Julia

(Julia entra con una luz. Esta aclara la habitación, una amplia sala amueblada. En el fondo una ventana con cortinas corridas y franjas de terciopelo. A la izquierda, dos puertas. La del primer término dá a la antesala y la otra a la cocina. Delante de la ventana una mesa con papeles; entre la ventana y la mesa un biombo. A la izquierda un armario con botes de confitura encima. A la derecha un estante con libros y cuadernos, rematándolo una ardilla disecada, en actitud de tocar la flauta. En las paredes fotografías representando grupos de familia, luego oleografías y árboles y coronas tejidas con cabellos, colocados en marcos dorados y vulgares... Algunas telas modernas sin marco. En la esquina izquierda del último término, una sencilla cama de hierro. Muebles vulgares de casa menestral. Pedro y Pablo se hallan sentados ante la mesa con los pies extendidos sobre sillas: los de Pedro envueltos en un viejo cubrecama).

Julia ¡Dios mío!... ¡Qué obscuridad!... Y pensar que Vds. ni siquiera habrían dicho una palabra! (*Deja la luz sobre la mesa*). Naturalmente... (*Va a la ventana y corre las cortinas*). Claro, tampoco hay alumbrado en las calles... (*Se adelanta para detenerse luego, indecisa. Suspira, pero como nadie le dice nada, sale*).

Pablo (*Levantándose y desperezándose*). Oye... ¿Tienes una corona?

Pedro ¡No gastes bromas!

Pablo (*Tras del desperezo, con aire pesado, dá una vuelta por la habitación. Frente a la estantería, hace rodar una barra con pesos y, por fin, la levanta en el aire*). Esta estúpida tarde me ha embotado completamente... Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... nueve... diez... once... doce... trece... (*La voz, fatigada, se le apaga*).

Pedro Catorce... quince...

Pablo (*Deja las pesas, dá todavía una vuelta por la sala y se detiene delante de Pedro*). Oye, siento un hambre canina.

Pedro Si no te hubieras gastado en coñac tu última corona...

Pablo Es una majadería... Como si me dijeras que porqué compro colores... (*Levanta una tela que está colgada de la pared y la contempla*). Está bien, verdad?

Pedro Muy bien...

Pablo Mañana querría trabajar todavía en tu casa...

Pedro Tu retrato...

Pablo Sí, pero dime de veras que no te molesto... Ya sabes que en casa es imposible hacer nada de provecho...

Pedro Puedes, incluso, aserrar madera, si quieres... Estoy trabajando en mi traducción...

Pablo ¿Sigues, entonces, todavía, al pie de la máquina?

Pedro Sí, eso, de la máquina... *(Silencio). (Pablo va al armario y contempla todos los botes de confitura).* Es inútil que mires... En el segundo estante, se ven ya todas vacías...

Pablo Pero las otras han sido vueltas a llenar...

Pedro Imposible... Ella lo notaría en seguida.

Julia *(Entra con una carta).* Una carta... (*Pedro toma la carta, lee el sobre y la arroja sobre la mesa*). Es otro ordenanza el que la ha traído... Me pareció de momento con su barba negra, el cartero de los giros...

Pedro Nó, no era el de los giros.

Julia (*Después de haber dado algunos pasos hacia la puerta, se detiene*). Vds. no han salido hoy durante todo el día.

Pablo ¡Qué quiere V.! Con un tiempo tan feo...

Julia (*Después de un instante de silencio*). Yo tengo algunos huevos... Podría hacerles una tortilla, si Vds. quieren...

Pedro (*Abrazándola*). ¡Ah, doña Julia! ¡Es V. un ángel!

Pablo Una tortillita, pero bien grande, ¿eh? Y con manteca... ¡Es V. una gran mujer!

Julia Vaya... vaya... ¡Como si yo no lo pusiera en la cuenta todo esto!

Pablo Pues á ver si nos la sirve V. pronto. Tengo abono de moda a la Opera y quiero cenar pronto...

Julia Tan pronto como Vds. quieran... Pero antes, es menester que vaya á casa la planchadora... (*Sale*).

PABLO (*Mirando la carta*). «Teatro de la Alegría»... ¿Pero tú no la abres?

PEDRO ¿Para qué? Sé por adelantado lo que va en ella. La semana anterior recibí dos como esta. Y ni siquiera las he abierto.

PABLO Eso, es tonto.

PEDRO ¡Pero, si es que ya sé lo que contienen! Que vaya á recojer mi manuscrito.

PABLO ¡Bah!

PEDRO Si hubiera otra cosa en estas cartas, me habrían vuelto á escribir...

PABLO Sí, claro... (*Contempla el sobre*). Sin embargo, esto es una vergüenza... ¿No te parece?

PEDRO Ábrelas tú, que tan curioso te muestras... (*Pablo rasga el sobre, lee el contenido de la carta y luego la tira sobre la mesa. Silencio*).

## ESCENA TERCERA

DICHOS, mas MARGARITA

MARG. (*Vestida con sencillez, pero con buen gusto*). Buenas noches.

PABLO Buenas noches.

MARG. (*Se dirige hacia Pedro, se arroja a su cuello y le abraza*). Hola, Pedro.

PEDRO Buenas noches, chiquilla mía.

MARG. ¿Qué pasa?

PEDRO Nada de nada.

MARG. (*Examinándole*). Creí que ocurría algo anormal...

PEDRO Ya te lo he dicho, no ocurre nada, absolutamente nada...

MARG. (*Quitándose el sombrero y depositándolo sobre un mueble*). ¡Qué! Estás fatigado... ¿trabajaste mucho?

PEDRO He estado escribiendo hasta las cuatro de la madrugada.

MARG. Así, ya no me extraña que pongas esta cara... ¿te ocupaste en la comedia?

PEDRO Muy poco en la comedia... las últimas escenas del segundo acto...

PABLO ¿Y en esto pasaste hasta las cuatro de la madrugada?

PEDRO He trabajado en la traducción... ¡Puáh!

PABLO ¿De qué se trata?

PEDRO Una novela requetecenagosa. Querría terminarla lo mas pronto posible, para entregarme á mi comedia.

PABLO ¿Cuánto te dan por ello?

PEDRO Cuatrocientas coronas...

MARG. Cuatrocientas coronas... ¡pues es una bonita suma!

PEDRO ¿Has visto tú «La hija del negro»?

PABLO Una majadería completa.

PEDRO Pues el autor, se embolsa tranquilamente cuatrocientas cincuenta coronas todos los días...

MARG. No es posible... Entonces tú serás rico, muy rico, cuando pongan en escena tus obras... Anda, léenos lo que has escrito esta noche.

PEDRO ¡Bah!; eso no corre tanta prisa.

MARG. Te parecerá a tí. Yo ardo en deseos de que nos lo leas. Imagínate, que ayer, después de estar en mi casa, pasé desvelada la noche pensando en la escena que nos habías leído... ya sabes... la escena entre el marido y el amante, y empecé a reirme en la cama, a reirme sola...

PABLO ¿Sola completamente?

MARG. ¿Sabes, Pedro, que tu amigo se está volviendo cada vez más impertinente?

PEDRO Pero, ¿es que vais a pasaros la vida regañando?

MARG. Claro está; vosotros no habréis cenado todavía... bueno, pues; mientras esperais, voy a decirle una cosa a mi amiga... (*Pedro y Pablo se echan a reir*). ¡Nó, no tomeis este aire misterioso! Sospecho que todavía comeis en el gran hotel de Julia.

PEDRO (*Sonriendo*). Lo adivinaste...

PABLO Como que estoy hasta la coronilla de las comidas de doña Julia... (*Tarareando un aire popular*). ¡Ay, tortilla, tortilla, tortilla!...

MARG. Con un bohemio como usted...

PABLO Y como usted...

PEDRO Solo nos faltaba la buhardilla.

PABLO ¡Anda! ¡si tuvieras que pasearte en plena avenida con un traje del año treinta..!

PEDRO Muchas gracias...

PABLO Pues así viene a ser la bohemia de estos tiempos... Una moda que pasó. En cuanto a la tortilla seguiré comiéndola, pero sin arriesgarme a pensar en que lo pueden saber en la peña de mi café, porque se me atragantaría.

MARG. Se está usted quejando contínuamente y apostaría, doble contra sencillo, a que ha pasado usted dos semanas sin hacer nada útil...

PABLO ¿Sí, eh? Pues, vea usted... (*Le muestra la tela que está pintando*).

MARG. (*Contemplándola*). Muy bonita...

PABLO (*Tirando, furioso, la tela*). ¡Bonita!... ¡Bonita!...

MARG. ¿Qué más desea usted?

PEDRO Cálmate, Pablo, que no todo el mundo ha de ser inteligente en pinturas.

PABLO ¡Bonita!... Lo único que me consuela, es la seguridad de que Margarita no la ha examinado bien.

MARG. ¿Que nó?

PABLO Vamos a ver: ¿qué representa mi tela?

MARG. (*Vacilando*). Un... eso... Un... prado...

PABLO Un prado... ¿Lo ve usted?... ¡Un prado!...

MARG. Entonces veamos qué es...

PABLO Un patio... Sí, un patio cochino de arrabal, a las once y media de la noche... Un patio estrecho y sucio, del que brota miseria y pestilencia como de un pulmón enfermo... A través de las puertas, unas luces económicas y tímidas, están haciendo guiños dentro de la obscuridad bienhechora, que por piedad, deja en la sombra la ruindad de los muros húmedos... Luego, una sirvienta pueblerina manejando una plancha, y justamente ese fuego artificial que chispea, está festejando la hora bendita en que la pobreza lastimadora de toda una jornada de tra-

bajo, se sumerje en la noche benigna... ¡Un prado!.. ¡Bonito!...

MARG. Usted tiene la culpa... Como que se empeña en pintar cosas que no se ven porque es de noche... ¡Y luego querrá usted que le comprenda!

PABLO No, claro... Ni me comprenderá usted nunca, pero me tiene sin cuidado...

MARG. (*Desentendiéndose del desprecio de Pablo*). ¡Tra-la-la!..

PEDRO Déjale, Margarita, no eres tú sola la que no le comprende. Lo mismo le está ocurriendo a la «Sociedad de Artistas»!

MARG. En realidad, yo no sé porqué usted, Pablo, no procura hacer alguna cosa un poco más al alcance de todos...

PABLO ¡Al alcance de todos! (*Furioso*). ¡La vulgaridad! Así... ¡Al alcance de todos!

MARG. Paso todos los días por delante de las galerías Wurmer y con frecuencia me detengo a ver los cuadros... Al menos, en aquéllos no hace falta el romperse la cabeza para averiguar lo que representan...

PEDRO A propósito... ¿Y nuestra apuesta?

MARG. ¿Qué apuesta?

PEDRO ¿Cómo? ¿No te lo había dicho? La semana última en un café, se le ocurrió a Pablo criticar a Kis, ese que gana centenares de miles de coronas con sus cuadros. Yo, le dije que era incapaz de pintar cuadros como aquellos; él, me sostuvo lo contrario, y apostamos cincuenta coronas. Pablo debía pintar un verdadero cuadro, como los de Kis, y llevarlo a vender a casa Wurmer...

PABLO Sin embargo, no lo he pintado.

PEDRO ¡Ya! ¿Qué hiciste esta última semana, durante tres días? Por lo menos, bien pasaste tres días encerrado en tu cuarto. Confiesa, querido, que te lo han rechazado.

PABLO Te juro que no, que no me han rechazado nada...

PEDRO ¡Hola!... Entonces confiesas que has hecho el cuadro...

PABLO Claro que lo he hecho, cumpliendo lo apostado...

PEDRO ¿Y se lo llevaste a Wurmer?

PABLO No se lo llevé... Se lo mandé...

PEDRO ¿Y qué te contestó?

PABLO No sé una palabra del asunto. Todo se reducirá a un bromazo estúpido... Cualquier día mandaré a uno para que recoja...

PEDRO Tienes miedo de perder la apuesta...

PABLO Al contrario, tengo miedo de ganarla. Tengo miedo de que Wurmer exponga el cuadro y desde que está en su casa no duermo... La noche pasada soñé que el cuadro estaba en los escaparates y que toda la peña de mi café desfilaba ante él... Y luego más gente... cada vez más gente... Se llenó la calle. Los coches no podían circular. Y toda esa multitud apiñándose ante mi cuadro... Yo, corriendo como un loco, me precipité contra el escaparate con ánimo de arrebatar mi tela, pero fué inútil que yo tirara con todas mis fuerzas porque parecían sujetarla unos garfios de acero. Hacía esfuerzos inauditos para arrancarla... Un sudor frío cubría mi frente... Mi cuadro seguía firme en el escaparate y la multitud rugía, gritando: «Venid, ved el nuevo cuadro de Pablo Gulasy», «La niñita con el pájaro»...

MARG. (*Rápidamente*). ¿Una encantadora muchachita en traje azul celeste, que lleva en la mano un pajarillo?...

PABLO ¿Qué dice usted?

MARG. Ella está así. (*Imitando la situación de la muchacha en el cuadro*). Y es así que sostiene la jaula... ¡Pero si es un cuadro admirable!

PABLO (*Secándose el sudor de la frente*). ¿Dónde ha visto usted ese cuadro?

MARG. En los escaparates de Wurmer... Y a fé que ha ido gente a verlo...

PEDRO Te felicito, querido. Has ganado la apuesta...

PABLO (*Entre dientes*). ¡Maldito sea!... Me voy a escape a hacer que lo quiten... Sí, yo lo haré arrancar inmediatamente. (*Se encasqueta el sombrero y se dirije hacia la puerta*).

PEDRO ¡Tu abrigo!... ¡Tendrás frío!...

PABLO (*Retrocediendo, toma su abrigo y apenas puesto el brazo en una de las mangas, abre ya con el otro la puerta*). Adios.

PEDRO (*Gritándole*). Que no te olvides de volver... (*La puerta se cierra bruscamente*).

## ESCENA CUARTA

MARGARITA y PEDRO

MARG. (*Enlaza los brazos alrededor del cuello de Pedro, le besa largamente y luego murmura a su oído*): Pedro, esta noche dormiré en casa de *mi amiga*... Sé lo he anunciado ya a mamá... He de ver todavía a Olga, para que no haga luego algún disparate... ¿Será lo mejor, verdad?

PEDRO Sí, será lo mejor...

MARG. Creí que esto te complacería...

PEDRO Sí, me complace mucho...

MARG. No sé qué te pasa hoy... Te empeñas en amargar mi alegría... Y si tu supieras qué contenta me siento! El maestro me ha dicho que tengo talento, que llegaré...

PEDRO Te felicito...

MARG. ¡Cómo lo dices! ni que te dirigieras a una extraña... Si te molesto, puedo marcharme... (*Se sienta. Pedro se sienta cerca de ella*). Pedro, tu ya no me amas... (*Pedro enlaza su talle dulcemente*).

MARG. (*Estremeciéndose nerviosamente, examina de una ojeada la habitación, ve la carta sobre la mesa, la toma, lee el sobre, y vuelve a dejarla. Pausa*). Estos directores de teatros son unos idiotas... (*Pausa*). ¿Por qué no la llevaste al Teatro Nacional?

PEDRO Porque ya me han rechazado allí tres obras...

MARG. Pues no sé por qué no las admiten...

PEDRO ¡Si lo curioso es que todas han gustado!... Lo que hay es que en el Comité de Lectura figuran cuatro

señores. La primera sólo gustó a dos miembros del Comité. Las otras sólo gustaron a los otros dos señores... Así que admiran todos por separado mis obras, pero el estreno no parece.

MARG. ¿Y aquel Mecenas amigo tuyo y del empresario?

PEDRO Aquel Mecenas, me ha descubierto tres veces y me ha olvidado otras tantas... Solo Anastasio, ¡ay!, se acuerda de mí con frecuencia en el teatro...

MARG. Y este Anastasio ¿quién es?

PEDRO El portero... (*Pausa. Vuelve a abrazar el talle de Margarita*). ¡Cuán bella eres... y cuán joven!...

MARG. (*Acariciando dulcemente sus cabellos*). Gracias a Dios que tienes para mí una frase galante. Creí que... Claro, esta maldita carta... Tu debiste ir personalmente al teatro... Los empresarios son muy amables y muy atentos...

PEDRO ¡Ea! No hablemos más de esto... Cuando estás cerca de mí, en el silencio de mi habitación, lo olvido todo, como si nada hubiese cambiado a través de los años...

MARG. No te comprendo... ¿Qué es lo que había de cambiar? Te quiero tanto como hace tres años y a tu lado estoy en este cuchitril...

PEDRO ¡Si es esto precisamente!... el mismo adorado cuchitril... El gran cambio de mi vida está en que nada ha cambiado en él... en que continúo en esta habitación donde entré hace seis años... en este entresuelo provisional, de donde con el pensamiento lanzábame galopando hacia adelante, siempre más lejos, hacia el porvenir que extendía entonces ante mí su horizonte infinito... Ahora tengo treinta y un años y sigo viviendo aquí... Con frecuencia me ocurre, por la noche, cuando estoy escribiendo y no oigo otro ruído que el de mi pluma al resbalar sobre el papel, que me parece escuchar el roer de los gusanos... Es como si hubiese recorrido desde hace tiempo el camino que veía delante de mí y que ahora los gusanos estuviesen royendo mi cuerpo saturado de todo lo bueno de esta tierra. Me pare-

ce que yo no soy yo, sino un fantasma que hechiza esta habitación, de donde, en otro tiempo, hace de esto ya mucho, cuando era más joven, había partido dispuesto a la conquista de la vida...

MARG. (*Estremeciéndose*). ¡Bah!... No sé qué te ha dado hoy... Ni como puedes hablar de la muerte siendo tan joven... ¿Ves tú? Esto me molesta en tí. Te descorazonas demasiado pronto... Tú no deberías desanimarte de este modo... Deberías luchar con persistencia.

PEDRO (*Levantándose*). Desde hace seis años lucho con persistencia, sin descanso. Contempla a los otros, aquellos que partieron al mismo tiempo que yo: Armando, es catedrático, Carlos, dirige un periódico de moda, Enrique, es orador de club, Dionisio, fabrica cuplés de opereta, Andrés, ha hecho un matrimonio modesto, y Fernando, un soberbio matrimonio... Yo, aquí, seis años sin moverme de esta mesa... Yo no he hecho otra cosa que lo que yo sentía, que lo que yo quería, que lo que yo debía hacer... Y si he aceptado traducciones, he rechazado en cambio cuanto no me era absolutamente necesario para no morir de hambre... ¿Dices tu que no soy perseverante?... He escrito once comedias durante estos seis años... Yo no he vivido... cuanto había en mí de juventud, de fuerza, de alegría, lo he vertido todo en estos once cuadernos... Mírales... allí están: once diminutos ataudes negros...

MARG. (*Levantándose*). Tú verás como por fin reconocerán tus méritos y tendrás un gran éxito... Soy yo quien te lo dice...

PEDRO También estoy persuadido de esto... Pero, de vez en cuando siento unas ansias locas de vivir alejado de los papeles y entonces esta habitación se me hace insoportable... (*Sonriendo*). Calcula tú, que, cuando me instalé en esta habitación, acababa de dejar la vida provinciana... Era un mocetón fornido, tostado por el sol... Ese cuartucho no acababa de satisfacerme, pero ¡no importa!—me dije yo—¡para lo

que he de estar en él! a lo sumo dos o tres meses... Y sabes tú en qué soñaba por aquellos tiempos? en que pronto ganaría el dinero necesario para permitirme el lujo de alquilar un caballo que me permitiera galopar cada mañana por el bosque *(Se sienta a horcajadas sobre la silla).* A la hora en que no hay todavía paseantes... *(Galopando sobre la silla).* Arre... arre... a través de los caminos... hacia los campos... arre... sobre la hierba humedecida por el rocío... arre... galopando por los senderos de los bosques... arre... por entre las arboledas donde el silencio murmura su canción eterna... arre... *(Aprieta la silla con sus rodillas, lanza un grito de dolor y se levanta cojeando).*

MARG. ¿Qué te pasa?... ¿Te has hecho daño?

PEDRO Esa maldita ventana. De nada me ha servido el biombo; la corriente de aire me persigue por todas partes... *(Con acento triste).* Temo que jamás podré montar a caballo. *(Cojeando se acerca a la silla y se sienta).*

MARG. Tú deberías buscar otra habitación, con mucho sol...

PEDRO Sí, tienes razón... ya veré. ¡Sabe Dios por qué me he acostumbrado tanto a ese cuchitril!..

MARG. Y que debe ser también muy frío...

PEDRO Verdad... Esta madrugada cuando me metí en la cama estaba tiritando...

MARG. *(Abrazándole).* Vas a ver... No vas a tener frío esta noche... yo me arrimaré a tí, muy cerquita, muy cerquita... no tendrás frío... Tú verás...

PEDRO Esta mañana pensaba en una de esas noches que fueron... Hace dos años, cuando yo estaba tan enfermo... ¿Te acuerdas? La fiebre me atormentaba desde hacía dos días... ¿Te acuerdas? Y aquella noche empezaron a enfriarse mis piés hasta quedar helados, yertos... Y yo obediente y sumiso había ya cruzado las manos sobre mi pecho para aguardar la muerte... ¿Te acuerdas bien de aquella noche? *(Margarita esconde su rostro en el pecho de Pedro).* ¿Te acuerdas? Tú te dejaste caer a mis piés

helados y los apretujaste contra tu pecho, y les echaste el aliento y de tu cuerpo joven y ardiente, pareció que venía hacia mí como una vida nueva...

MARG. (*Sin abandonar su posición*). No... No hables más de esto...

PEDRO Y yo, en mi delirio soñaba pieles magníficas... pieles ligeras como el marabú, blancas como la nieve... Abrigos de armiño para resguardar tu talle fino y esbelto... Manguitos de piel de nutria para que hundieras en su seno asedado tus manos blancas, y pieles pardas compuestas de la piel de millares de ratoncillos australianos y a través de las cuales parece brillar el oro que han costado... Pieles tan ligeras que tus piesecillos no pudieran siquiera adivinar que les calzaban. Sí, en mi delirio te he devuelto en pieles níveas, áureas y ligeras aquel calor que con tanta bondad me prodigaste... A la mañana siguiente, cuando te ví temblar bajo tu abrigo ligero, enrojecí de vergüenza, parecíame que te había robado...

MARG. (*Mismo juego*). Cállate...

PEDRO Pues por esto estoy tan impaciente... Porque al fin yo puedo aguardar todavía, no tengo más que treinta y un años... Pero tu abrigo tiene tres años.

MARG. Eres muy bueno...

PEDRO Con que representaran diez veces una sola de mis comedias...

MARG. Diez veces cuatrocientas cincuenta coronas; cuatro mil quinientas coronas... ¡Oh! ¡qué maravilla! Pero dí: ¿me comprarás verdaderamente una piel? ¿Palabra?

PEDRO ¡Palabra!

MARG. ¿De skungs?

PEDRO ¡De skungs!

MARG. ¿Legítima?

PEDRO ¡Legítima!

## ESCENA QUINTA

Los mismos y Pablo

(Que entra precipitadamente en la habitación, tira su sombrero y se deja caer en una silla.)

Pedro ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que te ha pasado?

Marg. ¿Pero qué le pasa a usted?

Pablo Que, qué me pasa? Mirad... (*Saca de su bolsillo billetes de Banco y los esparce uno después de otro, a su alrededor*). Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis...

Pedro ¡Magnífico! Parece que la broma ha obtenido un buen éxito.

Pablo ¿Lo crees así?... Voy á tirarle ese dinero á la cara...

Pedro Pero, es que firmaste el cuadro?

Pablo ¡Sólo habría faltado eso!...

Pedro Entonces, me parece sencillamente ridícula la devolución de este dinero... (*Pablo le contempla fijamente*).

Marg. ¡En qué estará pensando!... Observa; Pedro. Cualquiera diría que le molestan estos billetes... (*Pablo suspira*).

Pedro Vaya, no seas niño!... Dentro de tres días, palabra, no va á quedar ni rastro de estos hermosos billetes; habrán desaparecido como si no hubiesen existido jamás... Verás como no turban tu conciencia...

Marg. En todo caso, usted ha ganado bien fácilmente estas seiscientas coronas.

Pablo Seiscientas cincuenta...

Pedro Es verdad... Pero en este momento, bien lo sabes, me sería dificilillo poderte entregar esta suma...

Pablo ¡Bah! No te preocupe esto; ya me la pagarás más tarde, cuando tengas tanto dinero que no sepas que hacer de él... Y si tú crees de veras que no debo rechazar este dinero, os invito á comer en el Ritz...

PEDRO Se agradece... Pero, ¿no te parece que sería más agradable comer aquí, en nuestra vieja celda?

MARG. Sí... sí... Quedémonos aquí... Compraremos toda clase de golosinas...

PABLO No está mal. Sin embargo, he de ir á casa de ese animal. Es menester que le diga algo... (*Toma su abrigo y su sombrero*).

MARG. Vaya usted, pero no ahora... Mañana será otro día...

PABLO Nó, si es una cosa que debo resolver inmediatamente...

MARG. Tengo una idea asombrosa... Como Pablo está empeñado en salir, que él mismo nos compre cuanto haga falta para una comida suntuosa, y nosotros nos quedaremos aquí, para que doña Julia no se dé cuenta de nada.

PEDRO ¡Encantado!... ¡La cara que va a poner cuando se presente con la tortillita y vea la mesa puesta como por arte de encantamiento...!

MARG. (*Que ha ido a la puerta para escuchar*). ¡Silencio!... Todavía está en casa.

PEDRO Nos ha dicho que tenía que ir a casa de la planchadora. (*Pablo, mientras tanto, se ha puesto el abrigo y el sombrero*).

MARG. ¡Entonces!...

PABLO Oye, me olvidaba de una cosa... Viniendo hacia aquí, en la esquina, me he encontrado a Chichí...

PEDRO ¿Y quién es Chichí?

PABLO El representante del Teatro Nuevo... Estaba en la puerta del escenario y me preguntó si estabas enfermo.

PEDRO ¡Pero si no le conozco!... ¡Si jamás le he visto!

PABLO Había algo extraño en su manera de hablar... Unos puntitos de ironía. Sospecho que quería tirarme de la lengua... Pero como yo corría hecho una furia...

PEDRO ¿Sabes que es curioso?

PABLO ¿Qué es lo que te ha escrito?

PEDRO ¿Él? ¿A mí?

PABLO Sí, me ha dicho que te había escrito, pero que tu ni siquiera te habías dignado contestarle...

PEDRO ¿Que me ha escrito? Veamos... Pero... en este caso... sospecho que no habré abierto su carta...

PABLO (*Estremeciéndose de repente*). Pero... ya me olvidaba... Corro... quiero llegar antes de que cierren...

MARG. El colmado de ahí enfrente, no cierra nunca antes de las diez...

PABLO Yo no hablo del colmado, sino de las galerías Wurmer...

PEDRO Calma, calma... Vamos a ver: si no es más que eso, bien podrías ir mañana... ¿Qué diablo de negocios puedes tener tú con él, que sean tan urgentes?

PABLO (*Volviéndose a sentar*). Figúrate tú que, cuando llegué a su casa para hacer que retirara el cuadro, me dijo que sí, que iba a retirarlo, pero para enviarlo a la casa del comprador... Luego, me tendió un recibo de seiscientas coronas y me rogó que pasara a la caja. En el momento de tomar el dinero, me enviaron de nuevo al despacho de Wurmer. ¡Tanto mejor! me dije. Al menos podré hacerle tragar ese dinero. Cuando entré en el despacho...

MARG. (*Que durante este tiempo ha estado buscando algo entre diversos manuscritos*). Pedro... (*Pablo la mira furiosamente, Margarita le sonríe*). Perdón... Pedro, ¿esta carta, era del Teatro Nuevo?

PEDRO Sí, del Teatro Nuevo...

(Margarita sigue buscando, hojea libros, examina paquetes de papel, cambiándolos de sitio, etc.).

PABLO Cuando entré en el despacho, Wurmer, sin decirme una palabra, puso delante de mí un contrato, luego, fué a su pupitre y me volvió la espalda. Al cabo de un rato, volvióse para preguntarme si lo había leído...

PEDRO ¿Qué es lo que había en aquel contrato?

PABLO Que me comprometo a entregarle diez porquerías semejantes, en el plazo de un mes. A seiscientas coronas cada una... Luego, en los meses siguientes, otro tanto, a mil coronas... Así, como si se tratara de judías... — ¿Lo ha leído usted?, me dijo... — Y todo esto, con la mayor tranquilidad... Sentí deseos

de cogerle por la garganta y apretar; apretar, hasta que los ojos le saltaran de la cabeza, para ver si seguía tambien manteniéndose tranquilo...

MARG. (*Levantando la cabeza*). ¿Lo ha firmado usted?

PEDRO Poco conoces a Pablo, si crees que...

MARG. Diez mil coronas por mes... ¡Si esto es una fortuna!

(Sigue buscando, cada vez más nerviosa, y tirando de un lado para otro, libros y manuscritos.)

PABLO (*Avergonzado*). ¿Qué quieres tú? ¡También haces tú traducciones!... ¿No es verdad?

PEDRO Es cierto...

PABLO De primera impresión quise arrojárselo a la cabeza, pero luego calculé que podría ganar seis mil coronas el primer mes y con ellas alquilar un gran taller bien alumbrado... Pos dos años. Al fin, con un mes había bastante... Solo un mes, y luego mandaría a freir espárragos a ese bruto...

PEDRO En cuanto a esto tienes toda la razón de tu parte y como además él no te obliga a que firmes tus telas...

PABLO No, al contrario, quiere que las firme... (*Levantándose*). ¡Es un indecente! ¡Corro a reclamarle el contrato!...

MARG. (*Gozosa con una carta en la mano*). ¡Aquí está! ¡aquí está!

PEDRO ¿El qué?

MARG. La carta del Teatro Nuevo...

PEDRO Déjamela ver...

(Abre la carta, comienza a leer indiferente y frío, pero palidece y su mano tiembla vivamente,)

MARG. (*Leyendo por encima de sus hombros*). ¡Pedro!... (*Con una gran explosión de alegría*). ¡Pedro!...

PEDRO (*Con voz ahogada, pero afectando serenidad.*) Al fin...

MARG. ¡Yo tendré mi skungs! (*Bailando de alegría y palmoteando*). Yo tendré mi skungs...

PABLO ¿Qué hay?

MARG. ¡Mire usted!... ¡Mire usted!

PABLO (*Después de haber leído la carta*). Te felicito, querido... Condiciones muy aceptables. Es un contrato en toda regla para tus cinco primeras comedias...

Mil coronas a cuenta... Diez por ciento limpio de polvo y paja... Nada, te felicito...

PEDRO Como los otros teatros no han querido saber nada de mí, creo que también podré colocar mis once obras...

MARG. Y lo que es más curioso, es que lleguéis a un tiempo mismo, casi al minuto mismo... Los dos amigos a la vez...

PABLO ¿Los dos? Pedro, sí; pero, en cuanto a mí...

MARG. Como usted ha firmado este contrato de diez mil y pico de coronas... ¡Una fortuna, vamos! La cena de esta noche será nuestro cordial adiós a la miseria. (*Se dirige hacia la puerta*). Chist... Julia está todavía en casa... (*Bajo a Pablo*). Pase usted por la ventana... y despache usted pronto.

PABLO Naturalmente... Ya me quedará tiempo para ir a casa de Wurmer...

PEDRO Véte a escape, que ya iremos nosotros al colmado. Anda, corre, descarga tu conciencia.

PABLO Es que sospecho que habrá cerrado...

MARG. ¿Wurmer? Es el último en cerrar en toda la ciudad.

PABLO Además, no me va a devolver el contrato... y, aun quizá, sería yo el perjudicado... (*A Margarita*). ¿Qué debo traer?

MARG. Lo mejor que encuentre... Langosta... champaña... frutas... Pero en seguida.

PEDRO (*Abre la ventana sin hacer ruído*). ¡Cómo va a asombrarse cuando vea todo esto con sus ojillos sagaces!... ¡Cuando se presente con su tortilla!...

MARG. ¡Va a ser delicioso!... ¡Pero, vamos, despache usted!

PABLO (*Cabalgando sobre el alféizar*). Decía que me parece que, al fin y al cabo...

MARG. ¡Vaya! ¡Acabe usted de una vez!... (*Viendo a Pablo inmóvil un instante, permaneciendo cabizbajo*). Acabará usted por dormirse en esta posición...

PABLO (*Saliendo de su ensimismamiento*). De modo, que... langosta, champaña...

MARG. Sí, y manteca, y frutas... ¡Aprisa!

(Pablo salta y desaparece.)

## ESCENA SEXTA

MARGARITA Y PEDRO

MARG. (*Enlazando sus brazos alrededor del cuello de Pedro*). ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿No te lo dije, que llegarías? (*Le abraza. Luego levanta la cabeza*). Sospecho que Julia acaba de salir... (*Se dirige hacia la puerta y la entreabre con cuidado*). Ha salido, en efecto... (*Abraza una vez màs a Pedro*). Voy a escape a buscar la vajilla y a poner la mesa. (*Sale. Pedro va a la estantería, saca algunos manuscritos encuadernados y los hojea, leyendo algunos fragmentos. Margarita, que entra con servilletas, platos, etc., y prepara la mesa*). ¡Cómo va a rabiar Lengyel! (*Pausa*). ¿Qué miras?

PEDRO Mis manuscritos... Por fin, van a vivir...

(Le corta la palabra un acceso de tos.)

MARG. (*Que va disponiendo el servicio de mesa, haciendo los viajes que juzgue discretamente oportunos*). ¿Qué te parece? ¿Me sentará mejor el astrakán? (*Pausa*). Pero ¿no me atiendes?

PEDRO Sí, sí, querida. Iremos juntos al mejor almacén, el que tú elijas, y escojeremos el abrigo que tú prefieras...

(Tose de nuevo.)

MARG. ¿Qué tienes, niñito mío? Toses... Te habrás resfriado...

PEDRO No; supongo que será el polvo... ¡Están tan llenos de polvo!...

(Por los manuscritos.)

MARG. Naturalmente. Es preciso que cambies de alojamiento, que alquiles una habitación espaciosa y soleada...

PEDRO Sí, es verdad... A orillas del Danubio, con amplias ventanas, para que pase por ellas el sol con todos los honores!

MARG. (*Después de una corta pausa*). Lo cierto es que no siento haber esperado...

PEDRO ¿Esperado?

MARG. Es una cosa que nunca te he confesado... Se han burlado de mí, en el Conservatorio... por causa tuya... Bien sabes con qué lujo visten mis compañeras... Y se han burlado de mí, porque te hacía caso...

PEDRO En vez de hacer caso a algún...

MARG. (*Estrechándole contra su corazón*). Jamás me he ocupado de sus burlas... y... además... jamás te he dicho que Pablo, tu buen amigo...

PEDRO (*Vivamente emocionado*). Que Pablo...

MARG. (*Turbada y arrepentida de haber ido demasiada lejos*). Nada de lo que imaginas... Nada de eso... (*Volviéndose de golpe hacia la puerta*). Julia ha vuelto.

PEDRO Margarita, termina, por favor, lo que ibas a contar...

MARG. ¡Chist!... Cállate... Vas a estropear la fiesta.

(Se dirige de puntillas hasta la puerta y da vuelta a la llave sin hacer ruído.)

PEDRO Margarita... Debes decírmelo todo...

MARG. (*Con un dedo a los labios, recomendando silencio*). Chist... Chist... (*Se acerca a la ventana y la abre sin hacer ruído*). Ha llegado ya.

## ESCENA SÉPTIMA

### LOS MISMOS; PABLO, y más tarde, JULIA

Pablo en la calle; detrás de él, un mozo con paquetes; toma los paquetes y los va pasando uno tras otro por la ventana.

PABLO Tome... Esto es para usted... (*Pablo da la propina al mozo que se va; y luego salta por la ventana*). Buenas noches... He corrido más que el rayo... ¡Si hubiérais visto cómo me miraban las gentes!...

MARG (*Abriendo los paquetes*). Julia todavía no se ha dado cuenta de nada... ¡Ah! ¡Qué vino!

PABLO (*Se sienta, abatido, fatigado*). Queso...

MARG. (*Colocando botellas sobre la mesa*). Málaga. (*Pausa*). ¿Quiere usted descorcharla? (*Pablo descorcha la botella, haciendo una mueca amarga. Llaman. Mar-*

*garita corre a la puerta*). ¿Es usted, doña Julia?

JULIA (*Dentro*). ¿Puedo traer ya la tortilla?

MARG. Aguarde usted solo cinco minutos. (*Da vuelta a la llave y vuelve alborozada, sentándose delante de la mesa y desenvolviendo los paquetes con precipitación*). Señores, ya están ustedes servidos... (*Pablo y Pedro se sientan*). No tan lejos... Mas cerca de mí... (*Pedro se sienta al lado de Margarita, Pablo sirve*). Vamos... ¿Todavía el coñac?

PEDRO Gracias, ya sabes que no me gusta...

PABLO ¡A vuestra salud! (*Bebe*).

MARG. ¿Por dónde vamos a empezar?... (*Extiende manteca sobre el pan*). ¿Un poco de langosta?

PEDRO ¡Es una langosta estupenda!

PABLO (*Bebe*). Rubí y alabastro...

MARG. Sírvase usted. (*Pablo con glotonería, da grandes bocados*). Un vaso de Málaga...

PABLO (*Con la boca llena*). Gracias.

MARG. (*Sirviéndose vino y levantando el vaso*). ¡Por los grandes éxitos futuros!

PABLO (*Sirviéndose también*). ¡Por el arte!... ¡el arte verdadero!... ¡el arte puro! (*Pedro observa como Pablo va comiendo cada vez con más glotonería*). ¿En qué piensas?

PEDRO En que debes cuidarte... Tienes demasiado buen apetito...

PABLO ¡Bah! No pases por mí, cuidado alguno. (*Pausa breve*). Me es igual... Yo no debí firmar ese (*poniéndose en la boca un enorme pedazo*) coontraato...

MARG. (*Bajo, a Pedro*). ¿Dónde está esa carta, Pedro?

PEDRO ¿Para qué la quieres? ¿No la viste ya?

MARG. Deja... Yo la quiero ver... La pondré esta noche bajo nuestro almohadón...

PABLO Debí hacérselo tragar. (*Pedro saca del bolsillo la carta y Margarita la lee. Pablo habla con la boca llena*). Conocí, una vez, a una pobre cortesana... una de esas desdichadas de baja estofa...

MARG. ¡Qué amablemente escribe! «Me honraría usted infi-

nito con su visita»... Ya ves... le honrarías infinitamente...

PEDRO No me había fijado.

PABLO (*Acercándose a Pedro*). Escucha... Esta infeliz, tenía... Sí, esta desgraciada tenía dos hijos... dos lindos niñitos, rosados...

MARG. (*Leyendo*). «Para hablar de ciertas modificaciones necesarias»...

(Pedro coje bruscamente la carta de manos de Margarita.)

PABLO Pero, ¿me escuchas o no?

MARG. ¿Qué haces? La has arrugado completamente...

(Arranca de las manos de Pedro la carta arrugada entre sus dedos crispados, la alisa eon sus manos y se la guarda en su seno.)

PABLO ¡Atiéndeme, si quieres, de una vez!... La pobre tenia dos hijos adorables y por ellos se vendió... Ya ves... Yo también me vendo por mis queridos. hijos... mis queridos cuadros, no pintados aún.. Pero, apenas mi contrato haya expirado... cuando cuente con un taller... porque yo, desde mañana, seguiré viviendo como hasta aquí... Emplearé todo el dinero que Wurmer me pagará, en colores... Pagaré el taller por tres años anticipados... ¿comprendes?... Y una vez libre del compromiso... acabado el primer mes del contrato, un puntapié a Wurmer, así... (*Se levanta, da un puntapié a una silla y la tumba*). Y ahora, por mis queridos, por mis soberbios cuadros, no pintados... (*Levanta su vaso*). No con este vino, con champaña!

MARG. (*Le entrega una botella de champaña*). Ábrala usted, si quiere...

PABLO (*Descorchando la botella y cantando*). Por mis queridos cuadros, por los queridos cuadros que voy a pintar...

(Margarita observa la operación y se tapa los oídos, salta el tapón de la botella y en el instante de la detonación, penetra Julia con su tortilla.)

JULIA (*Deja casi caer el plato, adelanta y contempla asombrada la mesa atiborrada, en la que no queda un rincón donde poner el plato*). ¡Cómo!... ¿Qué es eso?

MARG. (*Aplaudiendo*). ¡Viva doña Julia!

JULIA Es que traigo la tortilla... ¿Qué hago ahora con ella?

PABLO Comérsela a nuestra salud, ¡qué caramba!

JULIA Pues no saben ustedes lo que se pierden... (*Va a salir, pero retrocede*). En fin, de todas maneras la he de poner en la cuenta...

PABLO No se moleste usted en anotarla. Ahí va, doña Julia; se le pagan a usted todas las tortillas, la de hoy y las atrasadas...

(Le entrega un billete de cien).

JULIA Gracias (*mirando el billete*). Guárdese usted su dinero. A mí me gusta hacer las cosas bien hechas... Primero, procede que extienda yo mi cuenta, y al presentarla liquidaremos.

MARG. ¡Ah, pero antes ha de beber usted con nosotros una copa de champaña!

JULIA ¡Válgame Dios! ¿champaña?... Me figuraba que era sidra.

(Coloca el plato sobre un cajón y se seca las manos.)

MARG. Tome usted...

(Ofreciéndole una copa que Pablo le llena.)

PEDRO ¡Brindo por la reina de las buenas patronas!

JULIA (*Balbuceando emocionada*). ¡Dios les conserve a ustedes la salud!

(Ha bebido un dedo nada más.)

MARG. ¿Cómo es eso?... Hay que apurarlo, doña Julia.

(Julia apura su copa y la coloca sobre la mesa. Pablo escancia champaña otra vez.)

PEDRO ¡Por Margarita!...

JULIA ¡Que Dios les proteja!... (*bebe*) ¡Válgame el Señor! ¡y pensar que hace cuarenta años que bebí un día champaña!... ¡el día de mi boda!... (*Pablo sigue escanciando*). Mi difunto marido, el pobre... era peletero... establecido en la calle Mayor... ¡Ah, pero no vendía esas pieles de gato teñidas con que hoy se engaña al público, sino magníficas pieles de verdad!

(Suspira.)

PEDRO ¡A la memoria de su difunto marido!...

JULIA Gracias. ¡Era tan bueno, tan cariñoso!..: Todos los años iba a Rusia... y en Rusia fué donde se acostumbró a beber... A no ser por esta flaqueza, acaso

estuviera aún a mi lado... (*Se desprenden de sus párpados unas lágrimas*). ¡Cuando una piensa que en aquel entonces era tan esbelta como la señorita!... No empecé a engordar hasta después de la muerte de Abel. Es muy cierto que cuando el marido no nos trae y nos lleva con sus impaciencias, una se apoltrona y da en engordar y redondearse como un tonel.

PABLO No se aflija usted así, doña Julia... Está echando a perder su champán con la sal de las lágrimas... ¡Ea, ea, a su salud!

JULIA ¡Oh, gracias; es ya por demás!

(Intenta dejar el vaso).

PEDRO Ahora a mi salud, doña Julia... ¿Cómo no?

JULIA (*Cuyo rostro se alegra*). ¡Toma!... ¡Cómo sabe obligar a una!... (*Chocan las copas*). Si mi hijo viviera, tendría ahora la misma edad que el señorito...

PEDRO ¡Por Dios! Deseche usted semejantes pensamientos, doña Julia ¡Hoy es un gran día!... ¡Un día para reir, no para llorar!

JULIA Pues ¿qué bueno acontece?

MARG. (*Cantando*). Tra-la-la... Tra-la-la...

(Pedro ciñe el grueso talle de la patrona y da unas vueltas de vals).

JULIA (*Luchando por desasirse*). ¡Válgame San Antonio!... Pero esto... esto... ¡Si mi pobre Abel me viera!... (*Vuelve a tomar el plato de la tortilla*). ¡Qué bebida tan loca!... (*Profiere una carcajada*). ¡Hay que ver! ¡Hacerme bailar a mí!... (*Sale*).

MARG. Tra-la-la... Tra-la-la... (*Se ciñe a Pedro y le hace valsar. Pedro pierde el equilibrio y se lleva la mano al corazón. Margarita se detiene*). ¿Qué te pasa? Te has puesto pálido...

PEDRO Nada, que me he acostado muy tarde... y además, este champán...

(Margarita le acompaña hasta la cama. Pedro se sienta en ella).

MARG. ¡Dios mío! ¿Qué tienes?

PEDRO Nada... absolutamente nada... Es más, siento que esto no sea nada... ¡Acaso fuera mejor morir en

esta espléndida noche de esperanza y de juventud!

(Se tiende en la cama, cruzando los manos).

MARG. (*Amorosa*). Pedro...

MARG. ¿Qué dirías tú, Margarita, si yo te dijera «adiós»... cerrando tranquilamente los ojos para siempre... «adiós, mi amada Margarita»?

(Entorna los párpados y se queda en la inmovilidad y rigidez de la muerte).

MARG. (*Se inclina sobre él*). ¡¡Pedro!!... (*Prorrumpe en un grito de espanto y adelantándose con desasosiego, vuelve a gritar*). ¡Pablo!... ¡Pablo, no respira!... (*Con profundo dolor y sofocando los sollozos que rompen en su garganta, dice casi falta de voz*). ¡Ha muerto!... (*Pedro se acoda en la cama sonriendo. Vele Margarita y dando esplayo a su angustia, con fuertes sollozos:* ¡Pedro mío!...

PABLO ¡Estúpida broma!

PEDRO ¡Oh, no! Broma soberbia... estratagema magnífica... la mejor que pudo habérseme ocurrido... Mírala, ahí, que llora... con lágrimas de fuego, abundantes y cordiales... y yo la oigo llorar... la estoy viendo y puedo acariciarle los cabellos... ¡Sabe Dios si llorará así el día en que esto no sea una simple broma!

MARG. Pedro... te amo tanto... ¡tanto!

(Prorrumpe de nuevo en sollozos).

PEDRO (*Se incorpora en la cama y abraza a Margarita*). No llores ya... ¿Lo estás viendo?... No tengo absolutamente nada. (*Margarita, riendo entre lágrimas, le abraza. Pablo escancia champaña en una copa y con ella se acerca a la cama*). No, gracias... prefiero una copa de agua... Tengo la boca seca y la garganta me arde. (*Margarita se precipita hacia él llenándole una copa de agua*). Gracias... Margarita.

PABLO ¿Y... tu... tu comedia?

MARG. ¡Oh! ¿No se hace usted cargo, Pablo, que ahora?...

PEDRO No temas. Te he dicho que no tengo nada, en absoluto. (*Se levanta y con paso incierto se encamina

*hacia la estantería*). ¿Dónde has puesto el manuscrito?

(Se arrodilla ante la estantería y Margarita hace otro tanto a su lado. y sus semblantes se rozan para besarse lentamente).

PABLO ¡Sinvergüenzas! (Les tira un vaso).

MARG. (*Mostrándole la lengua en gesto de mofa*). ¡Envidioso!

PEDRO Aquí está. (Se levanta con unos manuscritos).

MARG. ¿Has hecho la copia?

PABLO Sí, está con lo otro.

MARG. (*Mirando el original*). ¿Cuántos personajes?

PEDRO El señor Kendy... la señora Kendy y... Pablo...

MARG. ¡Bravo, bravo!... Se me ha ocurrido una gran idea. Son tres los personajes, dos hombres y una mujer... Podemos nosotros mismos representarla.

PABLO Haremos perfectamente el payaso.

MARG. No pluralice el amigo...

PABLO Perdone usted. No era mi ánimo ofender a la Sarah Bernhard del porvenir.

MARG. ¡Silencio!... Usted será el Pablo... Pedro, el señor Kendy y yo, su esposa.

PABLO (*Bebiendo la copa de champaña que poco antes ofreciera a Pedro*). ¡Una estupenda tontería!

MARG. He dicho que a callar... Si no, pagará usted una multa. Vamos a ver... ¿qué representa la escena?

PEDRO Como recordaréis, figura el salón de los señores Kendy. De modo que esto es el salón... Un biombo; éste lo tenemos... detrás del biombo, un sillón; digamos que es esta silla y con un poco de buena voluntad haremos cuenta de que tiene los brazos...

MARG. (*A Pablo*). Tome usted la copia. Usted es Pablo.

PABLO (*Hojeando el manuscrito*). Pues no veo aparecer a Pablo por parte alguna.

MARG. (*Mirando a su vez*). Es verdad.

PEDRO Pablo no entra hasta la otra escena.

MARG. Entonces, si hace usted el obsequio...

PABLO ¿De qué?

MARG. De salir de esta habitación...

PEDRO ¡Oh, no! Bastará con que se aparte un poco...

MARG. No, no, salga usted y entre cuando le toque...

PABLO Bonito pretexto... Ea, seré buen chico...

MARG. Sí, como siempre... ¡Ande, ande!... (*Le empuja hacia la puerta, sale y cuando ha salido, Margarita se arroja al cuello de Pedro y le besa con pasión*). ¡Ya está!... Y ahora, empiece la comedia. Dí, tú la sabrás de memoria...

PEDRO Creo que sí.

MARG. (*Leyendo*). «¡Ah!...» (*Suspira imitando la representación teatral*).

PEDRO «Verdaderamente, no sé qué te passa...»

MARG. «Conque, ¿no lo sabe usted? Pues de eso precisamente me duelo...»

PEDRO «Habla más claro, si quieres que te entienda.»

MARG. (*Fingiendo enojo*). «Pues bien, hablaré claro.» (*Como Pedro se ha acercado para asegurarse de su papel, mirando el manuscrito, su semblante se acerca tanto al de Margarita, que ella en un transporte amoroso, le abraza*). «Mi vida cerca de usted, se está haciendo sencillamente insoportable...»

(Y esto diciendo, vuelve a abrazarle. Pedro, sonriendo de las impropiedades de Margarita, la abraza a su vez, y luego, fingiendo enfado, sigue representando su papel).

PEDRO «En verdad, señora, no sé qué pueda usted reprocharme.»

MARG. «Claro, la eterna canción. Claro, todo el mundo sabe que usted es el modelo de los maridos, el marido modelo.»

PEDRO «Entonces, ¿qué más quieres?»

MARG. «¿Qué más quiero? Es que a mí no me basta con el simple marido, necesito un hombre...»

PABLO (*Entrando*). Buenas noches.

MARG. Esta no es su vez. Espere usted a que le corresponda entrar.

PABLO Pues dénse ustedes más prisa. Es poco divertido esto de conmemorar, por centésima vez, la muerte de ese pobre diablo de Abel. (*Sale*).

MARG. (*Riendo*). Vamos a ver, ¿dónde quedamos?... (*Mira el manuscrito*). ¡Ah, sí!... «A mí no me basta con el simple marido, necesito un hombre...»

PEDRO «¡Bah, querida mía! ¿no sería mejor que nos acostáramos?» (*Bosteza*).

MARG. (*Riendo*). Eso lo has dicho admirablemente... ¡con una naturalidad asombrosa!

PEDRO No, es que realmente ¡tengo un sueño!...

MARG. (*Reanudando la representación*). «Y después de lo que acabo de decirle, ¿sería usted capaz de acostarse y dormir tranquilamente?»

PEDRO «Teniendo sueño, me parece lo más lógico dormir.»

MARG. ¡Oh! te has pasado casi una página entera.

PEDRO Ganas me dan de tragarme todo el libreto... He de hacer nueva esta escena... Es excesivamente sosa.

MARG. No, no. Está muy bien. (*Vuelve a leer el manuscrito*). «¿Después de cuanto acabo de decirle?»

PEDRO «Pues bien, ¡paciencia!»

MARG. «¿Luego de revelarte que tu mejor amigo me ha hecho muy en serio la corte?»

PEDRO «Esto es simplemente una cortesía. Mi amigo es muy amable. Se deshace en cumplimientos con todas las mujeres.»

MARG. «¿Cumplimientos, eh? Anoche, en el palco, no hacía sino buscar mis pies por debajo de la silla.»

PEDRO «Te lo imaginaste.»

MARG. «¡Ya! ¡como que me pisó, lo menos veinte veces!»

PEDRO «¡Pura casualidad!»

MARG. «Conque, ¿casualidad? Pues si esto no te basta, sabe que poniéndome el abrigo me besó la espalda.»

PEDRO «No lo creo.»

MARG. «Esto es una insolencia. ¿Acaso no tengo yo la espalda hermosa?»

PEDRO «No digo eso. Pero, si te hubiera besado, me lo habrías dicho anoche mismo. Estás improvisando para salirte con la tuya. ¡Estoy hasta aquí (*se toca la cabeza*) de semejantes historias!»

MARG. «Esto es (*con desdén*) ¡y no pasa de aquí! En lugar de indignarte y defenderme como un hombre..,»

PEDRO «¡Vamos! Te has empeñado en que riña con mi mejor amigo, que le insulte... que haga una asonada... por bagatelas de tan poca monta.»

MARG. «¿Bagatelas?... ¿Con todo esto, te parece que poco monta?»

PEDRO «¡Ohé! Llaman. (*Imita el timbre*). ¡Gling... gling!...»

MARG. «¡Ah!... debe de ser él... Siempre que ve luz en nuestra estancia no puede contenerse y sube. (*Decididamente*). Ocúltate allá... detrás del biombo...»

PEDRO «¡San Antonio me asista! ¡Vamos a ver!...»

MARG. «Por tus propios ojos te convencerás de esas, que tu llamas, bagatelas.»

PEDRO «No vayas a creer que yo me conforme con escuchar detrás de las puertas...»

MARG. (*Impaciente*). «Acaba. (*Empujándole tras el biombo*). Y no hagas ruido.»

PEDRO (*Desde el biombo*). «¡Edificante espectáculo!»

(Margarita mira hacia la puerta y viendo que Pablo no entra, la abre).

La voz de JULIA: En Rusia fué donde se abandonó a la bebida...

MARG. Entra usted en escena, Pablo.

PABLO (*Aparece leyendo su papel*). «Buenas noches.»

(Le besa la mano).

MARG. «Buenas noches... ¿Cómo va? Siéntese usted.»

PABLO «He visto luz en sus habitaciones y, francamente, no he podido resistir al deseo de darle las buenas noches. Y Juan, ¿no está?»

MARG. «Han venido a buscarle para visitar a un enfermo. No puede tardar.»

PABLO «¡Ah, pobre Juan!»

(Besa apasionadamente las manos de la esposa).

MARG. «Pero, siéntese usted, amigo Pablo.»

PABLO «Gracias.» (*Se sienta*).

JULIA (*Entrando*). ¡Ah! me he olvidado de apuntar en la nota el petróleo...

PABLO Está bien, doña Julia. Luego lo arreglaremos todo.

(Doña Julia va recogiendo la vajilla).

MARG. «¿Aceptará usted, amigo Pablo, una taza de té?»

JULIA Habrá que hacerlo.

PABLO (*Riendo*). ¡¡Magnífico!!

MARG. Hágalo, si quiere, doña Julia. (*Volviendo a repre-*

*sentar el papel*). «A mi pobre marido, ni por la noche le dejan descansar.»
(Julia oyendo esto se asombra de tal manera que casi se le cae la bandeja de la vajilla).

JULIA Pero la... señorita... ¿está casada?..
(Pedro se ríe tras el biombo. Doña Julia mira hacia allí y sale con mayor asombro todavía.)

MARG. «¿Qué hora es?»

PABLO (*Mirando el reloj.*) Las ocho y media.

MARG. (*Riendo.*) No mire usted su reloj y sí el papel.

PABLO ¡Ah! (*Leyendo.*) «Las once y media, pero en mi corazón ha dado la hora solemne, ¡las doce!»

MARG. «No le comprendo».

PABLO «¡Las doce! ¡la hora ardiente de la pasión!»
(Se levanta).

MARG. (*Turbada.*) «¡Oh! le ruego a usted que se siente.» (*Pablo se sienta más cerca de Margarita.*) «...Y, por favor, no hable usted más de eso...»

PABLO «Tiene usted razón, ¿a qué decírselo? ¡Si sabe usted, de antiguo, que yo la amo!...

MARG. «Le he dicho que no siga usted por este camino.»
(Se levanta.)

PABLO «Por caridad, siéntese usted y permítame...»

MARG. (*Se sienta más cerca de Pablo*). «No, no permito...»

PABLO «Sí, no permita usted que este momento pase en vano, mudo y hueco, por encima de nuestros corazones... Bendito momento en que, por fin, nos hallamos solos, cerca, muy cerca uno de otro...»

MARG. «Le he dicho a usted...»

PABLO «Calle... Cállese. Fueran badías las palabras... Sus labios dirán lo contrario de cuanto me revelan sus ojos con fulgores de deseo... Sus ademanes me alejan, pero yo siento aquí los latidos de su corazón que canta con ritmo ardiente la marcha triunfal del amor.»

MARG. (*Mirando hacia el biombo*). «¡Por Dios, Pablo! Dice usted que me ama...»

PABLO «Sí, la amo con ansias locas, turbulentas...»

MARG. «¡Oh! ¡Si fuera esto cierto!... (*Vuelve a mirar con impaciencia al biombo*). ¿Jura usted decir verdad?... Repita...»
(Doña Julia entra a buscar el resto de la vajilla).

PABLO «Con toda mi pasión.»

MARG. Pero, hombre, parece que lea usted el Código Penal.

PABLO Resulta algo frío, es verdad... (*lee*). «La amo a usted, sí...»

MARG. «Lo dice con tanta timidez que parece no fía en la verdad de sus palabras... ¿Se atrevería a repetirlo mirándome a los ojos... en alta voz?...»

PABLO «¡Oh, sí, yo amo a usted!... (*Más alto*). Amo a usted con pasión... (*Más alto aún*). ¡Te amo, querida mía! ¡¡Te amo hasta la muerte!!... Vén a mis brazos... pues que tú me amas también, sí, tú me amas... ¿no es verdad? Dí... Contesta...»

(La abraza con delirio. Doña Julia les mira con estupor y luego, muy turbada, tropezando con todos los muebles, abandona la escena.)

MARG. «Un momento. ¡Ah!»

(Margarita se levanta, dirígese al biombo y lo dobla. Aparece Pedro durmiendo tranquilamente en el sillón.)

PABLO «¡Estaba ahí!... ¡Esto es una encerrona!»

MARG. «¡Dios mío! ¡y yo que le suponía todo un hombre!»

PABLO «Señora... es... es un...»

MARG. «¡Chist!... ¡Silencio!... Podría despertar».

PABLO «No lo entiendo».

MARG. «Pues... decía usted... ¿que me ama?... ¿Lo dice usted en verdad?»

PABLO (*En voz baja*). «¡Oh, la idolatro!» (*Leyendo*). Ella se arroja en sus brazos. (*A Margarita*). Arrójese usted.

MARG. (*Se abandona en brazos de Pablo*). «Calle... (*Tomándole la mano*). Que no se despierte...»

(Y andando sobre la punta de los pies le conduce al rincón de la derecha del cuarto.)

PABLO (*Leyendo*). «Advertencia. Salen ambos por la puerta de la derecha. Telón»... Y aplausos. (*Bate palmas*). ¡Ovación delirante! (*Se dirige a Pedro*). Te felicito. ¡Es un final de acto, estupendo!

(Pedro no se mueve.)

MARG. ¡Pobre Pedro, se ha dormido de veras!...

(Pablo abraza a Margarita.)

MARG. ¿Qué hace usted? ¿Está usted loco?

PABLO Casi de remate. Ya sabes que te amo, que te...

MARG. (*Rechazándole*). ¡Suélteme usted!...

PABLO Dentro de un mes, tendré diez mil escudos... y hasta más, si me lo propongo.

MARG. Llega usted tarde. Nosotros tendremos más que todo eso.

PABLO ¡Margarita!

MARG. ¡Estúpido! (*Pedro despierta. Corriendo hacia él y abrazándole*). ¡Cariño mío!...

PEDRO ¡Estoy rendido!... Necesitaba dormir...

PABLO Te felicito. El final de acto es estupefaciente.

MARG. Para que esta representación sea completa, vén a escuchar los aplausos. Nosotros seremos el público. (*Coloca dos sillas al lado*). Ahí, las candilejas (*Pone la lámpara en el suelo*). Usted, Pablo, a mi lado... (*Se sientan el uno junto al otro. Aplaudiendo*). ¡El autor!... ¡El autor!...

PABLO (*Imitando distintas voces*). ¡El autor!... ¡El autor!... ¡El autor!...

(Pedro se adelanta ensayando una reverencia ante la lámpara. Margarita profiere una carcajada.)

PEDRO ¡Te mofas!... Tengo muy poca gracia en saludar... ¿verdad?

PABLO No lo creas. Has hecho una reverencia muy donosa.

PEDRO Lo dices por galantería... Pero, te ríes de mí.

PABLO El público sigue en la impresión de lo que ha visto, aunque se haya corrido el telón, y por eso ríe.

PEDRO Pues no, amable público. Cuando el autor sale a escena, la risa es impertinente.

MARG. ¡Bravo!... Habla el autor.

PEDRO No. El autor no habla. Sale sencillamente, hace una reverencia y se retira... Y vosotros, los que reís, pensad de dónde es posible que haya venido. ¿Dónde ha estado o qué ha hecho hasta ese momento? Mientras aplaudíais tantas estupideces, ¿dónde estaba?... ¿dónde pasó hambre?... ¿dónde sintió frío?... ¿dónde hubo de llorar? Al saludaros ahora, sus rodillas son inflexibles, y al salir, su andar es cansino, fatigoso... ¿Sabéis por qué se encorva su espalda? ¿Sabéis, acaso, que antes de

llegar a este momento apoteósico hubo de cruzar el desierto de largas y muy áridas jornadas?

MARG. (*En voz baja*). Tiene lágrimas en los ojos...

PABLO Tiene más vino que una tinaja.

PEDRO Yo he venido cargado con enorme peso, con peso de oro; yo os he traído la fortuna preciosa de la risa... (*Se adelanta hasta las verdaderas candilejas*). ¿Quizá hay baja en Bolsa?... (*Fingiendo lanzar puñados de monedas*). Pues toma y ríe... ¿Tal vez es la idea de tu fin, que te abate?... Toma también; toma y ríe... ¿Acaso dudas de la fidelidad de tu esposa? No te preocupe... Toma... Tomad todos, ¡y reíos, reíos mucho!... Vosotros también, los de ahí arriba, que habéis pagado en calderilla la entrada... ¡Tomad, es oro, oro puro, lo que os regalo!... Y es verdad que ahí arriba suena mejor, más fuerte y más sonoro... Tomad... Tomad... Lo he fundido con el fuego de mi alma. ¡Qué importa que a la sazón sintiera frío!... Lo acuñé con el constante latir de mi corazón, ¡y no le hace que mi corazón se destrozara!

MARG. (*Levantándose*). ¡Pedro!...

PEDRO ¡Ah! Pero mirad, mirad cómo baila!... Las manos de los mercaderes no han podido negociarlo... Y yo os lo doy... os lo doy todo, ¡todo!... hasta quedarme ¡sin nada!

(Adelanta un poco y vuelca la lámpara.)

MARG. ¡Por Dios! ¿qué haces?... ¡Vas a prender fuego!...

PABLO Amigo mío, ¡la has pescado llorona!

(La lámpara se apagó. El reverbero de la calle ilumina el cuadrado del ventanal y proyecta en él la silueta de los viandantes que se dirigen al teatro, como peregrino desfile de sombras chinescas.)

MARG. (*Señalando a la calle*). ¡Mira, Pedro; tú público!

PEDRO ¿Qué obra ponen esta noche?

PABLO «La Hija del negro.»

MARG. ¡Cuatrocientas cincuenta coronas!

FIN DEL PRIMER ACTO



# ACTO SEGUNDO

## La Muerte

La misma decoración que en el acto anterior

### ESCENA PRIMERA

PEDRO Y JULIA

Pedro está sentado delante de la ventana, de espaldas al público, en la aureola de sol que forman los rayos oblicuos de un mediodía de primavera.

JULIA (*Entrando con una botella en la mano*). Aquí está la medicina.

PEDRO (*Sin volverse*). Gracias, doña Julia.

JULIA (*Dejando el frasco*). Lo dejo aquí, sobre la mesa. (*Después de breve silencio*). ¿Está usted mejor?

PEDRO Sí, doña Julia. Gracias. Me siento perfectamente.

JULIA La medicina ha costado cuatro y media.

PEDRO (*Siempre sin moverse*). Mañana o pasado mañana tendré dinero... Mañana entrego la traducción al editor.

JULIA ¡Oh! ¡Yo no se lo digo para esto!...

(Silencio. Doña Julia suspira. Y unos segundos más de silencio. Al fin sale. Doce segundos de silencio completo, en que se oye solamente el tic-tac del reloj.)

### ESCENA SEGUNDA

PEDRO Y MARGARITA

Margarita entra elegantemente vestida, con un soberbio boa de piel, y manguito. De puntillas, procurando no hacer ruido, adelanta hacia Pedro y de improviso le rodea el cuello con el brazo. Pedro se sobresalta.

MARG. Vamos a ver ¿cómo se encuentra mi querido enfermo?

PEDRO Son más de las cinco.

MARG. No te puedes imaginar la alegría que me da, verte levantado.

PEDRO Me dijiste que vendrías antes de las cuatro...

MARG. ¡Oh!... ¡oh!... ¡No ha sido culpa mía!.... Esa intempestiva cita... ¿Qué quieres?... Imagínate, amado mío, que en el Conservatorio no me han dejado salir... Y ya, cuando una ha empezado a ensayar... no hay manera de plantarles... (*Tira el boa y el manguito sobre una silla*). Estaba impaciente... ¡te lo juro!... No dejaba de pensar en tí... Díme, díme... ¿te sientes mejorado, de veras?

PEDRO Sí... Perfectamente bien... Gracias.

MARG. Es maravilloso... Pues, mira, podríamos salir a dar una vuelta... Hace un tiempo delicioso. Vamos, nos llegaremos hasta los jardines... de...

PEDRO (*Interrumpiéndola*). ¡Oh, yo bien quisiera!... Pero el médico ha de venir y, además, Pablo me ha anunciado su visita.

MARG. ¿Te ha escrito?...

PEDRO Su tiempo le es tan precioso, por lo visto, que una vez que se decide a venir a verme, quiere tener la seguridad de que no hace el camino en balde...

MARG. Si sólo se tratara de él podríamos irnos, porque de todas maneras no vendrá...

PEDRO ¿Cómo lo sabes?...

MARG. ¡Toma! Porque me lo ha dicho...

PEDRO Entonces... ¿le has encontrado?... ¿Cuándo?...

MARG. Ayer, después de comer, en la Alameda... Nos saludamos un momento... Fué poco antes de subir a verte.

PEDRO ¿Cómo no me dijiste nada?

MARG. ¡Oh, calla!... ¡naturalmente!... No fué mientras venía sino al regresar a mi casa.

PEDRO Entonces, no fué después de comer, sino por la noche...

MARG. Sí, sí, anoche...

PEDRO ¿Y qué más te dijo?

MARG. ¡Qué querías que me dijera!... ¡Nada de particular!...

Se ha interesado por tu salud y ha dicho no sé qué más.

PEDRO Está muy bien en cuanto a él.

(Silencio. Margarita inclina la cabeza sobre el hombro de Pedro.)

PEDRO ¡Qué buen perfume llevas hoy!... ¿Cuál es?

MARG. Indish-hay... Heno de las Indias.

PEDRO Sí, es verdad que huele a hierba recién cortada... Qué delicia si uno pudiera ir al campo... tenderse en los prados... sobre la hierba fragante.. y mirar silenciosamente al cielo... Hace tres años que no he ido a mi casa.

MARG. Verdaderamente, no sé por qué no has de ir... Te restablecerías en pocas semanas. ¡Oh, la saludable vida del campo!... Y luego, yo iría a verte... Yo iría a verte como una extranjera... haciendo como que nos conocemos por azar... Sería estupendo, ¿no?

PEDRO Sería realmente soberbio... ¡Oh, la buena aldea de mi infancia!... Pero, ¿cómo volver?... Yo no me siento capaz de engañar a mi madre...

MARG. Y ¿por qué mentir?...

PEDRO Su ilusión era que yo fuese catedrático... ¡Ah! ¡como supiera la verdad!... No, no, decididamente este año tampoco voy a mi casa...

MARG. Sin embargo, el médico te ha aconsejado el campo...

PEDRO El campo, sí. Mañana llevaré la traducción al editor. Y si me da un anticipo a cuenta de nuevos trabajos, te prometo que iremos a pasar una semana a orillas del mar.

MARG. (*Levantándose nerviosa*). Todavía traducción y más traducción... No puedes imaginarte lo que me enoja... y siempre anticipos... ¡cuando te bastaría un trazo de pluma para tener inmediatamente millares de marcos!... ¡Qué feliz fuí... hoy hace un año... esta misma noche!... Y todo está igual, ¡nada ha cambiado!

PEDRO Algo... algo sí ha cambiado...

(Se levanta. Sus ojos aparecen sombríos y está intensamente pálido).

MARG. ¡No, no ha cambiado nada!... ¡La misma miseria de siempre!...

PEDRO Sin embargo, algo ha cambiado..., y es que antes no tenía que luchar sinó con la miseria... y ahora he de luchar contigo también... ¡Y esto es mucho más doloroso!... Porque a la miseria, al fin y al cabo, la odio... mientras que a ti... a ti te...

MARG. No digas que me amas, porque no te creeré...

PEDRO ¡Margarita!...

MARG. No, no te creeré... Si me amaras... habrías firmado el contrato...

PEDRO Margarita, juraste no hablarme más de esto... ¿te acuerdas?

MARG. Sí, es verdad.

PEDRO ¿Lo ves?... Es preferible tener cordura... Sería inútil llorar... Desde que me he levantado me siento más joven, más fuerte, más decidido, lleno de esperanzas. Además, tengo una encantadora amiga. Cierto que no nadamos en oro... ¡paciencia!... día vendrá que tal acontezca... Pero, ¡chiquilla!... ¡Qué elegante vienes hoy!... No te había visto aún ese delicioso traje...

MARG. ¿Verdad que está bien?... Yo misma lo he confeccionado.

PEDRO Eres una deliciosa brujilla...

MARG. Como te dijera lo que me cuesta, no me ibas a creer. Apenas llega a unos cuantos marcos...

PEDRO La piel es magnífica...

MARG. La he comprado en el teatro. Tú sabes que cuando una de las divas se cansa de sus vestidos o de sus pieles, las vende a las discípulas del Conservatorio a ningún precio, casi regaladas... He comprado todo esto con los pocos marcos que gané haciendo...

PEDRO (*Acariciando la piel*). ¡Qué fina es, y qué sedosa!

MARG. ¿Ves tú cómo me las sé componer con casi nada?... Lo que no empece para que me presente muy elegante... ¿no es así? (*Arroja el boa de pieles sobre una silla, pero de manera que se desliza y cae*). Y no dirás que sea porque...

PEDRO ¿Qué?...

MARG. Nada.

PEDRO Pues nada.

(Margarita se abandona en una silla, repiqueteando con un pié.)

PEDRO Pero, ¿qué te pasa, mujer?

MARG. Nada.

PEDRO Estás muy nerviosa...

(Silencio. Pedro enciende un cigarrillo.)

MARG. (*Algo calmada y con dulzura*). ¿Te permite el médico fumar?

PEDRO No se lo he preguntado. Pero como me siento bien, ¿por qué abstenerme? (*Fuma con manifiesta fruición*). Me he pasado la mañana escribiendo... Mi obra nueva... me está saliendo a maravilla... Tengo ya siete escenas. Si quieres que las lea...

MARG. No, ahora no. (*Se levanta*). Me marcho.... (*Toma su sombrero con arrebato*). Adiós...

PEDRO (*Con amarga sonrisa*). Adiós.

MARG. ¿Entonces... decididamente no lo firmas?

PEDRO No, te he dicho cien veces que no.

MARG. Bueno...

(Con ademán lento y perezoso intenta ponerse el sombrero y vuelve a arrojarlo sobre la mesa.)

PEDRO ¿Lo ves? Ya has vuelto a empezar.

MARG. Bien ¿y qué?...

PEDRO Que me habías prometido...

MARG. ¡Me importa un cuerno!...

PEDRO (*Muy enérgico*). Pues yo te repito que no quiero oir hablar más de ello. ¿Lo has entendido? (*Margarita ríe irónicamente*). Sí, sí. Te prohibo terminantemente volverme a hablar de este asunto.

(Margarita mira a Pedro con asombro. Silencio.)

MARG. Por algo dicen en el teatro que estás loco... que te estás consumiendo aquí en este tabuco miserable... (*Silencio. Pedro va hacia la ventana, volviéndole la espalda*). Y realmente es una locura llevar este genero de vida, cuando te basta pronunciar una palabra para que un río de oro se te meta en casa.

PEDRO (*Volviéndose con vehemencia*). Sí, una palabra basta... pero esa palabra es mi venta... Demasiado sabes lo que pretenden de mí.

MARG. Cambiar algunas escenas. Nada más.

PEDRO No, no es eso. Quieren confiar mi obra a manos extrañas... El gerente... el director... el dramaturgo... (*Acalorándose*). ¿Qué dirías tú si yo te pinchara un día y otro día para que vendieras tu cuerpo, tu juventud, tu frescor, so pretexto de que te habían de pagar espléndidamente?

MARG. (*Riendo*). ¡Oh, oh! No es lo mismo...

PEDRO No, es mucho peor... Porque de haberte tu vendido a alguien, no llevarías sobre tí la huella... seguirías siendo hermosa... Mientras que yo... ¿no lo comprendes?... He aquí, siete años que vivo en este lugar y en esos siete años no he gozado de tres días buenos, no he tenido una sola hora sin que mil dudas y amarguras no me hayan enervado con su hálito infecto. El vagabundo más miserable se hubiera apiadado de mí, si hubiese visto mi vivir en esta habitación sin calor alguno, curvado mi entumecido cuerpo sobre las cuartillas... ¡y, en cambio, si yo te dijera que en esos siete años he vivido los momentos más felices... más intensos... más juveniles... de mi vida!... Ahí están... en estos once volúmenes... como las perfumadas flores del naturalista prensadas entre las hojas de sus libros... ¡Y quisieras tú que yo permitiese ahora que las estrujaran, que les arrancasen los más finos pétalos, que las pulverizaran, que las desfigurasen, para ajustarlas al gusto de los mercaderes del teatro, a la perspicacia del director, al tecnicismo del comediógrafo de profesión!... Y vienes todos los días a gimotear ante mí repitiéndome: ¿por qué no firmas?... Lo que sería decirme ¿por qué no quieres morir?...

MARG. Todo esto es muy bonito, muy literario... Pero si tú me hubieras amado de verdad, habrías ido ya al teatro...

PEDRO ¿Va a ser necesario que te lo diga?... Pues he ido, sí... he ido hace ya dos meses... Me senté en el saloncillo, entre otros muchos señores que esperaban... Híceme un hueco también en el banco de la paciencia... muy tieso y muy grave entre los demás... El ordenanza abría la puerta de vez en cuando... entraba uno, luego después otro, y otro más tarde, ¡todo el mundo!... Yo estuve sentado horas y horas... hasta que, por fin, cuando todos se hubieron marchado, no quedando más que yo, el ordenanza abrió la puerta... Pero no me moví... me sentía el vértigo... y me apoyé en el banco para no rodar por el suelo. El ordenanza se me acercó para preguntarme si deseaba ver al director... La sangre se me agolpó en el rostro... «No—balbucié, —no; aguardaba a un señor que me citó aquí.» Y salí con paso incierto, pero en llegando a la calle, me sentí cien veces más joven, más fuerte que nunca.

MARG. ¡Claro! ¡Y luego te has pasado seis semanas en la cama, sin dinero para hacer que te cuidaran conforme!

## ESCENA TERCERA

Los mismos, más JULIA

Julia entra con un mazo de violetas

MARG. Buenos días, doña Julia.

JULIA (*Con frialdad*). Buen día...

(Coloca las violetas sobre la mesa.)

PEDRO ¿Qué es eso, doña Julia?... No serán para mí esas flores...

JULIA ¿Para quién van a ser, si no?...

PEDRO ¡Oh, doña Julia!... Yo no sé cómo expresarle...

JULIA ¡Es usted un bendito de Dios!

PEDRO (*Mirándola con extrañeza.*) No comprendo...

JULIA ¡Toma! ¿No sabe el señorito a cuántos estamos hoy?... ¡A 28 de mayo!

PEDRO ¡Es verdad!... ¡Oh, gracias, doña Julia, gracias!

MARG. ¡Tiene razón!... Son hoy tus días... Lo había olvidado... ¡Dueño mío!... (*Le abraza*).

JULIA Voy a buscar algo en qué colocar esto.

(Se dirige hacia la puerta, se enreda con el boa, lo recoge y lo coloca sobre el respaldo de la silla, acariciándolo.)

PEDRO Es bonito, ¿no es verdad, doña Julia?

JULIA Ya lo creo: skunks legítimo.

MARG. ¡Por Dios, doña Julia! ¡no diga usted tonterías!...

JULIA ¿Eh? Mi marido fué peletero, y yo me he pasado quince años en la tienda. (*Examina de nuevo el boa.*) ¡Si conoceré yo lo que es skunks! Y este lo es de primera calidad, ¡lo mejor que hay!

(Vuelve a colocar la piel sobre el respaldar de la silla. Un momento de silencio. Doña Julia se va.)

MARG. Julia me tiene ojeriza...

PEDRO Realmente, he observado que de un tiempo acá no le caes en gracia...

MARG. Me mira como Rigoletto mira al saco que es sudario. (*Julia entra con un vaso, en el cual coloca las violetas y lo deja perfectamente en mitad de la mesa.*) Doña Julia...

JULIA ¿Qué se le ofrece?

MARG. (*Riendo.*) ¡Qué manera de mirarme!... Dígame, doña Julia, ¿está usted enojada conmigo?

JULIA ¿Quién, yo? Yo no me enojo con nadie... Yo soy una pobre vieja que ya chochea... ¿Cómo, pues, enojarme?... ¿a qué disgustarme con (*bajando la voz*) la señora?

MARG. (*Asombrándose.*) ¿Señora?...

JULIA Sí, yo lo digo como lo pienso. No pertenezco a ese mundo elegante en que una va a divertirse con los amigos, mientras el marido cuida a sus enfermos..

MARG. (*Mira a doña Julia con sorpresa y en seguida rompe en una carcajada.*) ¡Oh... oh! ¡delicioso! ¡lo comprendo todo!... ¡Quién iba a figurarse!... Imagínate, Pedro... ¿recuerdas que ensayamos algunas escenas de tu obra, al principio de la primavera pasa-

da?... Doña Julia, por lo visto, se ha tomado la comedia en serio.

(Pedro rie. Julia les mira con estupefacción).

PEDRO (*Riendo.*) Doña Julia... todo eso es pura comedia... Aquel día ensayábamos una escena de mi obra...

JULIA ¡Dios me dé un punto en la lengua!... ¡Y yo que pensé que... que la señorita y el señorito Pablo!...

PEDRO ¡Palabra de honor, que todo era una farsa!...

JULIA ¡Claro está! ¿Y para qué invitar a doña Julia?... Yo no soy buena más que para...

PEDRO ¡Oh, mi querida doña Julia!... ¿cómo iba a suponer que a usted la interesaran las cosas de teatro?...

JULIA (*Con vivacidad.*) ¡Que si me interesan!... ¡y no poco!... Antes me pasaba los días enteros en el teatro.

PEDRO En verdad que nunca lo hubiera imaginado, doña Julia.

JULIA Mi pobrecito Abel... era, precisamente, quien surtía de pieles a las actrices... (*Se sienta.*) Cierto que, —debo confesarlo,—se ganaba muy bien la vida, y esto fué la causa de su perdición... ¡Ah, ccmo no se hubiese abandonado a la bebida, pudiera estar aún a mi lado!... Bien, pues las primadonas me obsequiaban siempre con entradas de favor... y yo me aprovechaba... iba todas las noches. Después de acostar a los niños y de limpiar la cocina y lavar algunas piezas de ropa... porque si bien es verdad que Abel ganaba muchísimo, yo no he permitido jamás que me pusiera muchacha... Por otra parte, la verdad sea dicha, que también él se bebía lo que ganaba... ¡Ah, pero qué me importaría el dinero con tal que estuviera a mi lado!... ¡pobre Abel!... Aseguro que podría vivir aún, si no le hubiera dado por empinar el codo... y esta mala costumbre, causa de nuestra ruina y de mi viudedad, la adquirió en Rusia... Porque es el caso que en Rusia, según me contaba, hacía mucho frío, tanto que no se podía soportar sin beber algo... y luego le quedó la costumbre, tan arraigada, que seguía

bebiendo hasta en la canícula, ¡el pobre!... (*Hace pucheritos.*) ¡Ah! pero ¿qué quería decirles?

PEDRO (*Con piadosa paciencia.*) El teatro después de la cocina...

JULIA Esto es, sí... Pues... que cada noche me iba al teatro. Y si yo me hubiera dado prisa con lo de casa, habría acabado por instalarme allí, ¡ya lo creo!... antes de las once...

MARG. Por lo que se ve, usted llegaba siempre al acabar.

JULIA ¡Ah! lo que es bueno es bueno, aunque solo se vea el final.

PEDRO Entonces, ¿no ha visto usted nunca una obra entera?

JULIA Sí... cuando alguna me gustaba, lo que se dice gustarme, iba un domingo por la tarde y la completaba.

PEDRO (*Riendo*). ¡Colosal!

MARG. Pues cuando pongan la primera de Pedro, tendrá usted que verla del principio al fin.

PEDRO ¡Por supuesto! ¡Ea, enséñeme las manos!... (*riendo*) ¡unas excelentes manos para la claca!

JULIA (*Riendo sin comprender*). Perdonen los señores... yo les estoy molestando. (*Se levanta*). El día que echen la comedia, no se olviden de avisarme...

PEDRO ¡Toma! ¡No faltaba más!

MARG. Hoy mismo, cuando el señorito Pablo venga...

JULIA ¿De veras, no me olvidarán ustedes?

PEDRO Palabra... (*Julia sale. Pedro contento*). ¡Extraordinaria mujer! (*Mira el pomo de violetas*). Oye, mañana, si te parece, iremos al bosque de las fuentes.

MARG. Mañana... mañana precisamente no me es posible... Repetimos la prueba en el Conservatorio... Pasado mañana, si quieres, dispongo de todo el día...

PEDRO Bueno, todavía quedará dinero... Mañana entrego la traducción al editor...

MARG. Díme, ¿hoy cumples los treinta y un años?

PEDRO ¡Treinta y dos!

MARG. Sardou empezó a los veintidós.

PEDRO Y Shakespeare a los tres cientos...

MARG. ¡Eso es! ¡Quien no se consuela es porque no quiere!

PEDRO No necesito consuelo alguno... ¡Hace muchos años que no me había sentido tan de buen humor como hoy!

MARG. No quiero, pues, turbarlo. Aunque en realidad me dañe ver en tí tan poca energía...

PEDRO Los inmortales han solido ser gentes de más sensibilidad que energía.

MARG. Tra-la-la... Tra-la-la... (*Silencio. Pedro enciende un cigarrillo, va a la ventana y mira al cielo*). Pedro, ¿dónde está el contrato?

PEDRO (*Sin moverse*). ¿Volvemos a las andadas?

MARG. ¡Oh, no, no! Tendría el capricho de verlo...

PEDRO (*Sin dejar de mirar por la ventana*). Puedes pasarte los días mirándolo, si no lo has visto aún bastante... De todas maneras, ¡no lo he de firmar!...

MARG. ¿Dónde está?

PEDRO (*Siempre en la misma actitud*). Sobre el estante, en una cajita de cartón.

(Margarita se dirige al estante de libros, abre una caja, busca dentro y extrae una carta que examina y huele.)

MARG. (*Con sorpresa*). ¡Ah!... (*Pedro se vuelve*). Conque, letra de mujer...

PEDRO (*Se adelanta, toma la carta, la saca del sobre y la presenta sonriendo a Margarita*). Fíjate. Lleva fecha de ocho años atrás...

MARG. (*Leyendo*). Ana. ¿Quién era ella? Nunca me has hablado de esto.

PEDRO ¿Acaso te he hablado alguna vez de mis amores de antaño?

(Silencio.)

MARG. ¿La amaste mucho?

PEDRO Mucho.

MARG. ¿Qué ha sido de ella? ¿Dónde está ahora?

PEDRO No lo sé. Creo que casó...

MARG. ¿Puedo saber por qué reñisteis?

PEDRO (*Sonriendo*). No reñimos.

MARG. (*Nerviosa*). ¿Cómo que no reñisteis?

PEDRO Por lo menos, no en la forma en que se suele reñir: escenas patéticas, lágrimas, voces, recriminaciones, ¡y el diablo a cuatro!...

MARG. (*Con manifiesta nerviosidad va sacando, una tras otra, varias cartas, hasta mostrarle otra*). ¿Ana, también?

PEDRO (*Mirando la carta*). No, esta era otra.

MARG. ¿Y tampoco has reñido con ella?

PEDRO No, no he reñido con mujer alguna.

MARG. Entonces, ¿fueron muchas?...

PEDRO Muchas, precisamente, no. Pero, en fin, cuando te he conocido, tenía ya veintiocho años...

MARG. No lo entiendo. Dices que no has reñido con ninguna y, sin embargo, de algún modo hubisteis de acabar...

PEDRO (*Encendiendo un pitillo*). Te diré... Yo creo que todo depende de la primera mujer que amamos... Con ella nos practicamos en las caricias, en los dolores y en la manera de acabar. Por fortuna, yo aprendí en muy buena escuela...

MARG. (*Deponiendo la caja sobre las rodillas*). ¿Quién fué la primera?

PEDRO Una señora... casada.

MARG. ¿Y era bonita?

PEDRO He aquí una cosa que no podría afirmarte de manera rotunda. Era pálido su rostro, interesante, encuadrado por cabellos negros como el ébano. y aunque se peinaba liso, algunos bucles rebeldes se desprendían, aquí y allá, como deliciosas culebrillas negras. Era esbelto y flexible su talle, y solía vestir de negro. Pronunciaba las eses con un ceceo dulce y adorable, como un susurro: Miz-amore...s, enzueño de mi vida, la...s roza...s de mi alma para tí...

MARG. ¿Y os amasteis mucho?

PEDRO Con delirio. Imagínate. Yo tenía dieciocho años...

MARG. ¿Y después?...

PEDRO Su marido estaba empleado en los ferrocarriles. Llegaron unas elecciones y votó por las izquierdas.

En seguida le trasladaron, mas tan rápido fué todo ello, que no tuvimos tiempo para despedirnos.

MARG. ¿Y después?...

PEDRO Como es lógico, creí morir. Me propuse seguirla a pie...

MARG. ¿Y después?...

PEDRO ¿Después?... Acabé mi bachillerato.

MARG. ¿No la has visto más?

PEDRO Sí, unos años más tarde. Por cierto que en el tren. Viajábamos en el mismo departamento, y ella fué la primera en hablar; de lo contrario no la hubiera reconocido... «¿Ya no ze acuerda u-zté de mí?» me dijo. El ceceo era suave como siempre; pero había engrosado enormemente y por añadidura tenía bigote... ¡Que si yo me acordaba de ella!... ¡y cómo!... A seguida me habló de sus marranos, de sus gallinas y del endemoniado cambio de horario.

MARG. ¡Qué desilusión!

PEDRO No creas... Porque en realidad, ¿quién era esa mujer ni qué me importaba a mí de la gordinflona esposa de un empleado de provincias? La otra, la encantadora joven pálida, era mucho más real que ella para mí; vivía en mi interior con tan propia vida, que mal podía ese casual encuentro turbar su recuerdo, vinculado con mi alma a través de los años, como en eterno beso de amor. Y la buena mujer, llegando a término de su viaje, se deshizo en cumplidos y descendió. Quedé solo en el compartimiento... Entonces, meditando dentro del tren, que huía conmigo a través de la noche de invierno, sentí que lo que había realmente sido aquella mujer quedaba sepultado en mí. A semejanza de los emigrantes de la guerra, que al huir entierran sus más preciados tesoros y se lanzan a un nuevo vivir, desconocido; a ese vivir, duro y cruel, que pone callos en las manos y encorva el cuerpo... ¡Ah!... He llegado a saber que el fuego de un solo beso, es más grande que diez mil besos. ¡Que fuera

tan ridículo asirse a la mano de alguien que hubiera al fin de dejarnos, como lamentarse de que el soberbio paisaje de aquella noche de invierno, luminosa de plenilunio, pasara su encanto ante nosotros para hundirse en la noche de los tiempos!... Nunca... jamás, he de incurrir en semejante error me decía. Vivan por muchos años las muertas, las bellas y adorables muertas cuya belleza quedó en lo íntimo de nuestro corazón... Y dibujé con las uñas una cruz funeral en los empañados cristales de la ventanilla... Y luego, cada vez que he sentido... cada vez que he comprendido que algo había de acabar... he dibujado una cruz... ¡y terminado! Ahí tienes mi única superstición.

MARG. ¿Y con esto, te ha ido siempre bien?

PEDRO Siempre.

(Pedro busca algo entre los manuscritos.)

MARG. ¿Qué buscas?

PEDRO Quería enseñarte una cosa... que no encuentro.

MARG. ¿Qué?

PEDRO Estos días, hojeando uno de mis viejos manuscritos, he hallado en un ángulo de página una cruz en tinta... Hícela un día que, mientras trabajaba, tuve noticia de que mi amada, mi muy amada de por aquel entonces, se burlaba de mí. Tracé la crucecita y, acaso, vertí unas lágrimas... mas de todas suertes, se acabó: quedaba ella enterrada para siempre bajo aquella diminuta cruz de tinta...

MARG. Sin embargo, ¿qué le dijiste el día que volvisteis a encontraros? De algún modo debiste darle a entender que todo había concluído.

PEDRO Pues, no le dije una sola palabra...

MARG. Entonces, ¿de qué hablasteis?

PEDRO No recuerdo. Tal vez del encarecimiento de las subsistencias o de la huelga de los ferroviarios...

MARG. (*Con risa nerviosa*). ¡Ma! sospechaba yo que pudieras ser tan cruel!...

PEDRO No se trata de crueldad precisamente. Porque, en suma, pocas veces se equivoca uno al formar mal

concepto de las mujeres. Cuando más, cambian rápidamente de habitación, sólo que sin desamueblar completamente la antigua. Les place sobremanera que las ayudemos a llevarse las chucherías que se dejaron.

(Margarita sigue riendo más nerviosa y, con mayor impaciencia, revuelve la caja mientras habla extrayendo cartas y papeles que, después de ojear con rapidez, arroja al suelo.)

MARG. Es decir... que si un día... tú sintieras... que todo, todo acabó entre nosotros... ¿dibujarías para mí también una de esas diminutas cruces?

PEDRO ¡Qué pregunta, Margarita!...

MARG. (*En tanto los papeles voltean por el aire*). Si por ejemplo... supieras un día... que yo me cansaba de esta vida de miserias... si supieras que yo... había cambiado de habitación... como tú dices... ¿dibujarías sobre mi nombre una crucecita? ¡Dí!...

PEDRO No... me parece que no dibujaría una cruz...

(Margarita ha casi acabado de vaciar el cajón, del cual extrae una hoja que mira atentamente, y se levanta.)

MARG. Luego ¿crees que ni eso merecería?... ¿Te quedarías tan campante como si nada hubiera ocurrido? ¿Y si te dijera que tengo un amante... un amante riquísimo?...

PEDRO (*Precipitándose hacia ella y asiéndola de una mano*). No, no dibujaría una cruz... ¡te mataría!

MARG. (*Profiriendo un grito de dolor*). ¡Cuidado... mi mano!... (*Pedro suelta la mano*). ¡Jesús, mi mano! ¡Me la has destrozado!... ¡Mira qué señales!... ¡No te suponía tan fuerte!...

(Silencio. Margarita va hasta la mesa y deja sobre ella la hoja· Pedro intenta tomarla, pero Margarita la sujeta bajo sus manos.)

PEDRO Deja eso... no te disgustes inútilmente.

MARG. Quieres significar que no me disguste en vano... puedo irme a paseo, ¿no es eso?... Si no puedo soportar más esta vida de miseria, ¿qué te importa a tí?... Una crucecita sobre mi nombre, y en paz. Acaso estés deseándolo desde hace tiempo... y

puede ser que incluso tengas ya otra amiga... Sólo que tú no quieres rupturas... no te gustan las escenas violentas... y aguardas tranquilamente a que yo me largue por mis propios pies. Tal vez entonces firmes el contrato para darle gusto a la otra, ¿no?

PEDRO Margarita... Te consta muy bien que cuanto dices es falso.

MARG. ¡Quién sabe! Lo que sí te digo es que no me interesa el dinero. ¿Crees, acaso, que es dinero lo qüe me falta? Como lo quisiera, ciertamente no vendría aquí a buscarlo... (*Ríe*). Un señor, muy conocido y muy respetable, me ha ofrecido treinta mil francos de renta. ¿Te enteras? Yo no necesito de tu dinero.

PEDRO ¿Qué quieres, pues?

MARG. Quiero saber si yo soy para tí algo más que la empleadilla de la carta y que la otra y que las demás... Necesito tener la certidumbre de que tú realmente me amas.

PEDRO Margarita...

MARG. Sí, sí; tú las amaste también y después... una crucecita, y sanseacabó... Has conservado luego su recuerdo... Esto es simplemente literatura, y no es literatura lo que yo necesito... Quiero saber si me amas (*agitando en la mano el contrato*), he aquí lo que quiero. ¿Me has comprendido?

PEDRO Pero, Margarita, ¿sabes lo que pretendes de mí?

MARG. No sé nada... Sólo sé que yo me he abandonado completamente a tí... que te he consagrado los mejores años de mi juventud... No me he limitado a divertirme contigo como la mujer del ferroviario. Era ingénua, candorosa, virginal... Sí... Mas para tu egoísmo, la menor de tus ideas vale más que todo esto... Durante tres años me has llenado la cabeza de hermosas promesas... ofreciéndome el cielo y la tierra... ¿Te acuerdas de lo que me ofreciste para cuando tuvieras dinero?... Dijiste que me demostrarías tu agradecimiento por cuanto llevo hecho por tí... Al calentar tus pies contra mi pecho,

jamás se me ocurrió pensar que podía contraer una pneumonía... y ahora, he aquí el dinero... helo aquí (*agitando el documento*), pero tú no mantienes la promesa porque no quieres sacrificar, para mí, una cualquiera de tus frases... Pues bien, también yo trazo en este momento una línea... O firmas... o me voy para siempre... y garrapatea sobre mi nombre la cruz que te dé la gana...

PEDRO Te he dicho que, para tí, no haré cruz...

MARG. No, que me matarás... ¡Tra-la-la!... Si tú me quisieras de verdad, lo habrías firmado hace tiempo... Ya ves, el invierno pasado estaba, como quien dice, desnuda... Poca pena te diste en pensar cómo me las compondría para comprarme unos zapatos... Y es que tú no me amas, no... tú amas sólo a tu arte... (*Esto diciendo, ha recogido su boa y su manguito*). Adiós...

PEDRO ¡Margarita! ¿adónde vas?...

MARG. Yo me lo sé... Quiero ver si eres capaz de matarme realmente.

(Margarita llega al umbral de la puerta.)

PEDRO Margarita...

MARG. (*Con una mano en el pomo*). ¿Me marcho o quieres que me quede?

PEDRO Margarita... con esto... pones un pie en el borde del precipicio... Un paso más y caes... más abajo cada día... cada día más abajo...

MARG. No tienes sino tenderme la mano para evitarlo...

PEDRO Margarita... (*Se precipita hacia ella*). Margarita...

(Margarita se abandona en sus brazos y se besan apasionadamente.)

## ESCENA CUARTA

Los mismos, Julia y el Médico

El médico es un hombre robusto, coloradote, tiene la voz de trueno; una risa loca se contiene tras de su rostro, siempre risueño, que encuadra sobre un cuello apoplético. Es un verdadero atleta rollizo, con cara de malicia a la que sólo el bigote de conquistador y enmarañado, da una expresión algo grotesca y varonil. Al entrar y ver a la pareja abrazada, aplaude ruidosamente.

Médico Bravo... Bravo... (*Pedro y Margarita se separan turbados*). Bravo... Bravo... La mejor medicina... ¡ja, ja, ja!... ¡ja, ja, ja!... ¡El remedio más eficaz!...

Julia Aquí está el señor Doctor.

Médico Me parece inútil que me anuncie usted... ¡ja, ja, ja!... Perdonen ustedes... Si llego a suponer... (*Adelanta tendiendo una mano a Margarita y poniendo la otra sobre el hombro de Pedro*). Pero, en fin, como digo... ¡es el mejor remedio!

Marg. Siéntese usted, doctor.

Médico (*Sentándose*). Gracias. Y pues, ¿cómo vamos?

Pedro Perfectamente. En toda la noche no he tenido fiebre y las rodillas tampoco me han hecho sufrir.

Médico Como le tengo dicho, lo principal es la tranquilidad, el aire puro y una nutrición ligera... Le iría muy bien pasar unos días en el campo. Y sobre todo, esto, como he dicho al entrar... (*mirando a Margarita*) es el mejor remedio... Dícese que el rey Salomón, al envejecer, se procuraba la compañía de jóvenes vírgenes para que de sus cuerpos emanasen nuevas fuerzas para él.

Julia ¿Y es esto cierto, señor doctor?

Médico Indiscutiblemente.

Julia En este caso, yo debo decir que el rey Salomón era un desaprensivo.

Médico ¡Delicioso!... ¡ja, ja, ja!... ¡un desaprensivo!... (*ahogándose de puro reirse*) ¡ja, ja, ja!... ¡ja, ja, ja!... Pero, díganme ustedes, ¿siempre está su patrona de tan buen humor? Esto no tiene precio... Una dosis de risa es el mejor medicamento... contra la neu-

rastenia, trastornos del estómago, enfermedades del corazón... ¡Ah! ¡yo no recetaría otra cosa! Si bastara con prescribirlo como los mejunjes: Risa delirante 300... 300 gramos de carcajadas... ¡Ja, ja, ja!... (*Margarita sentada ante la mesa, ha tomado el contrato y lo lee. Luego, lo deja otra vez sobre la mesa y vuelve a leerlo recorriendo las líneas con la punta del dedo*). ¿Tengo razón o no?

PEDRO (*Se conoce que estuvo cavilando otra cosa*). ¡Oh!... Sí... sí... es verdad.

MÉDICO O, mejor aún, si fuera posible mandar a los enfermos a una especie de balneario, donde se midiera la risa sana... Por desgracia, en nuestros días no sabemos lo que se nos da. Los teatros hacen llorar con tragedias... Los circos han sido vencidos por los music-halls y los music-halls por las funciones familiares. ¡El aburrimiento, el hastío por todas partes!... Todavía pudiera echarse, de cuando en cuando, una carcajada en el cine; pero se ha puesto en moda presentar la vida de las arañas y la maldición maternal en tres actos, y por remate, 3000 metros de una serie de detectives que empezó tres años há. (*Margarita aparece distraída jugando con la pluma. Pedro, más distraído aún, apenas escucha al médico*). Verdad es que, como último recurso, nos queda el gran teatro de la vida, donde algunas veces puede uno reírse a mandíbula batiente... Pero los convencionalismos sociales lacran, con absurda seriedad, nuestros labios... La última vez que me dí un atracón de risa fué en un tranvía y les aseguro a ustedes que todo el mundo me miró como a un loco... Alguna vez he de entrar corriendo a mi casa para soltar la carcajada a mis anchas. Pero no siempre que le vienen a uno ganas de reir tiene la casa cerca... ¿Digo bien?

PEDRO Exactamente.

MÉDICO Pues, ya que la risa es tan indecente, valdría la pena de construir quioscos en las esquinas de las calles adonde pudiera entrar uno para reirse...

Algo así como «reir-closets»... esto es, retretes para la risa... ¡Ja, ja, ja!... (*Viendo que nadie se ríe, levántase incomodado*). Perdonen ustedes... Como les he dicho antes, conviene que tenga el enfermo mucho sosiego y, si es posible, que se vaya al campo... Buenas tardes.

(Todos corresponden al saludo y el médico se retira. Margarita, que le ha acompañado hasta la puerta, se dirige hacia Pedro y le rodea el cuello con el brazo).

MARG. Nos marcharemos, sí, lejos, muy lejos, al Mediodía, donde el cielo es siempre azul y la primavera eterna. Vas a ver cómo te restableces en pocas semanas... Por lo menos, pasaremos una temporada sin estas desagradables preocupaciones... (*Ella se acerca a la mesa y pone la pluma en manos de Pedro que, al intentar decir algo, se siente los labios sellados por los labios de Margarita. Pedro se sienta de modo resuelto, firma y arroja la pluma lejos de sí. Margarita arrebata el contrato profiriendo un grito de alegría y le pasa el secante, mirándolo contenta*). Tienes una firma magnífica... firma de emperador... (*Pedro permanece acodado en la mesa mirando fijo ante sí*). Yo misma voy a llevarlo inmediatamente al teatro.

PEDRO No te molestes... Mandaremos a un botones.

MARG. No, no. Te digo que yo... yo misma quiero llevarlo... (*Muy amable*). Me lo permites, ¿no es verdad?

PEDRO No comprendo por qué ese empeño...

MARG. Porque quiero ser yo quien lo lleve... Así tendré ocasión de hablar con el director y recordarle lo de mi contrata.

PEDRO Pues bien, lo harás mañana.

MARG. (*Uniendo las manos, muy seductora*). Volveré en seguida.

(Sin aguardar contestación se pone el sombrero. Pedro le da el boa qne hay sobre la silla).

PEDRO Dáte prisa, pues.

MARG. Diez minutos...

PEDRO (*Mostrando una etiqueta que pende de la piel*). ¿Qué es eso?

MARG. ¡Toma, ni siquiera me había fijado!... ¡un número de guardarropía!... (*Arranca la etiqueta y la arroja al suelo*). ¡Hasta luego!

(Le abraza y sale).

## ESCENA QUINTA

PEDRO Y JULIA, más tarde PABLO

JULIA (*Casi tropezando con Margarita en el umbral de la puerta*). ¿La señorita se marcha ya?

MARG. (*Dedicando a Pedro un beso sobre la punta de los dedos*). Vuelvo al instante.

(Sale decididamente).

JULIA (*Mirándola*). ¡Pobre señorita!... ¡Y yo que llegué a suponer!. .

(Julia distingue la etiqueta en el suelo, la recoge y la examina).

PEDRO ¿Qué mira usted, doña Julia, en ese número de guardarropa?

JULIA Esto no ha sido nunca un número de guardarropa. (*Contemplando la etiqueta*). ¡Ay, me recuerda mis buenos tiempos!... Mi pobre Abel las empleaba iguales.

PEDRO ¿Pues?

JULIA En las grandes peleterías, cuando un cliente compra una piel se le aplica una de esas etiquetas. Porque hay quien compra una piel y, más tarde, la devuelve para cambiarla... De esta manera, los avispados se entretienen, por algun tiempo, llevando una piel magnífica, luego van y la cambian por otra, y de este modo, en una temporada, lucen un par de pieles estupendas. Por esto se les aplica la etiqueta y si alguien vuelve a cambiarlas pasado un tiempo prudencial, no se le admiten. ¡Mi pobre Abel no tenía pelo de tonto!... Como no se hubiese dado a la bedida, a estas horas podríamos tener nuestra casita... Incluso habíamos escogido ya el terreno... Pero, desgraciadamente, iba todos los

años a Rusia y allí fué donde empezó a aficionarse...

PEDRO Díga, pues, doña Julia... ¿Qué fecha se marca en la etiqueta?...

JULIA El día de la venta. (*Doña Julia mira la etiqueta con detenimiento y Pedro, impetuosamente, se la arrebata*). Pero, permítame... yo quería ver... (*Pedro, demudado el semblante, estruja la etiqueta entre sus crispados dedos. En este momento, se oye dentro la voz de Pablo. A Julia se le ilumina el semblante*). ¡El señorito Pablo!...

(Se precipita hacia la puerta de la cocina. Pedro permanece de pie, inmóvil, con la etiqueta en los dedos, mirando fijamente en el vacío.)

LA VOZ DE JULIA ¡Señorito Pablo! ¡Tanto tiempo sin verle!...

LA VOZ DE PABLO ¿Está el enfermo en casa?

LA VOZ DE JULIA Toda la tarde que le espera. Pase usted.

(Pablo entra por la cocina. Ha engordado. Viste un terno completo de paño inglés muy fino y lleva el abrigo al brazo. Luce cadena de reloj, de oro, y sortijas. Total, que más tiene tipo de pequeño burgués advenedizo que de artista).

PABLO ¡Hola, chico!

PEDRO (*Continuando inmóvil*). ¡Hola!...

(Julia permanece un momento en el umbral de la puerta, sonriendo de satisfacción.)

PABLO (*Mirando a Pedro con sorpresa*). ¿Qué ocurre? ¿Qué tienes tú?...

PEDRO (*Con temblor de todo el cuerpo*). Nada.

PABLO Pues ¿qué ocultas en la mano?

PEDRO (*Con voz apenas perceptible*). Acaso mi destino... De ahí que no me atreva a mirarlo... Y sin embargo, he de verlo aunque me cueste la vida...

(Lentamente, como si sus dedos hubieran perdido flexibilidad, los abre uno tras otro, temblando; lanza una mirada a la etiqueta, la arroja inmediatamente al suelo y profiriendo un angustioso suspiro, alentando desmayadamente, se abate sobre una silla).

PABLO (*Recogiendo la etiqueta y leyéndola*). Registrado, número 1247-1973... (*Le da vueltas por uno y otro lado*). ¿Qué demonio puede ser esto? (*Se sienta. Pe-*

*dro no se ha sosegado aún*). Amigo mío, empiezo a inquietarme seriamente por tu salud...

PEDRO Tienes razón. He sufrido una perturbación mental momentánea...

PABLO Pero, en fin, sepamos de qué se trata...

PEDRO Te lo he dicho ya: un trastorno... nada.

(Julia entra y examina si la lámpara tiene petróleo.)

PABLO Y esto a parte, ¿lo demás va bien?

PEDRO Sí, muy bien. Gracias.

JULIA ¡Ah, señorito Pablo! ¡si usted supiera lo enfermo que ha estado!... El reumatismo se le ha subido hasta muy cerca del corazón. Le digo a usted que ya no se tenía esperanza de salvarle...

PABLO (*Disgustado*). ¡Haberlo yo sabido!... Pero, estoy tan ocupado... Imagínate que tengo encargos para casi toda mi vida... (*Doña Julia se dispone a retirarse*). Espere un momento, doña Julia. (*La patrona se detiene*). Díme, ¿no tienes nada urgente que hacer, esta noche?

PEDRO Perfectamente libre.

PABLO ¡Mejor que mejor! Si no molesto, me quedo a comer contigo... (*Saca del bolsillo algunas monedas de oro*). Tome usted, doña Julia. Prepárenos una buena comida caliente.

JULIA ¿Qué les apetece a ustedes?

PABLO Lo que usted quiera. Con una sola condición: que haga una de aquellas tortillas de otros tiempos.

(Julia mira las piezas de oro con deleite).

JULIA Lo menos hace dos años que no había visto oro...

PABLO Y una botella de coñac francés, pero esto inmediatamente.

JULIA Al instante... voy ahí mismo.

PABLO (*Mirando el reloj*). ¡Demonio!

PEDRO ¿Qué te ocurre?

PABLO Yo no te he dicho aún lo principal. Quería pedirte un favor... (*Llaman a la puerta*). ¡Ajá! Debe de ser el «groom».

GROOM (*Con una tela, un caballete y una caja de pinturas*). Buenas tardes.

PABLO Déjalo ahí. (*Mientras el «groom» lo acomoda todo en un rincón*). Pues quiero pedirte por favor, si no te molesta, que me dejes venir a trabajar aquí por las tardes. (*Al «groom»*). Está bien, puedes marcharte. (*El «groom» saluda y sale*). Díme francamente si te molestará que venga unas horas cada día, después de comer.

PEDRO (*Manifestando sorpresa*). Al contrario, me placerá mucho. ¿Qué haces ahora?

PABLO Mi retrato... Hace tiempo que tenía idea de hacerlo... (*Mientras habla va montando el caballete*). He pensado que hoy podría trabajar todavía un rato. (*Abre la caja y empuña la paleta*). Luego comeremos los dos como en nuestros buenos tiempos...

PEDRO Querrás decir los tres, porque estará también Margarita.

PABLO ¡Cómo! ¡Si creo que esta noche tiene ensayo!...

PEDRO ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

PABLO Ella misma.

PEDRO Desde ayer pueden haber cambiado el programa.

PABLO Sin embargo, me lo ha dicho esta misma mañana. ¿Cuándo la has visto tú?

PEDRO Cinco minutos antes de que vinieras.

PABLO ¡Es curioso!

PEDRO ¿Qué es curioso?

PABLO Me habían dicho que... de algún tiempo a esta parte... apenas os veíais... (*Coloca la tela en el caballete. Pedro contempla el cuadro a medio hacer*). Es mansurrón, ¿verdad?... No me digas que no. Yo sé mejor que nadie que es mansurrón, y por eso precisamente te he suplicado me dejases trabajar aquí. En mi taller me sentía mal, no sé por qué... Sentía que me faltaba algo. La noche pasada, sin ir más lejos, he despertado con sobresalto e inmediatamente he comprendido que me faltaba... la luz de aquí, sí, y este singular olor... (*se levanta*) esta mísera estancia, en fin. (*Camina a largos pasos de un extremo a otro de habitación y encontrando el*

*halterio lo levanta fatigosamente, respira fuerte y lo arroja al suelo*). Sí, echaba de menos todo esto.

(Se sienta y después de contemplar atentamente la tela, se mira al espejo durante algunos segundos.)

JULIA (*Entra llevando en una bandeja la botella de coñac y varias copitas*). Aquí está el coñac.

PABLO Bravo... (*Mirando la marca*). Este es, precisamente... Gracias...

(Lo escancia.)

PEDRO Te lo agradezco, pero yo no puedo beberlo.

PABLO ¡Bah, la señoritinga!... En fin, como quieras... ¡A tu salud! (*Bebe una copa*). ¡Ah, ja ja! Y ahora, con tu permiso... (*Coloca la bandeja con la botella sobre una caja inmediata y empieza a pintar*). Querido Pedro, no es que quiera halagarte; pero, hablando con sinceridad, no era sólo esta habitación lo que yo echaba de menos... sino también tu compañía... (*Vuelve a escanciar*). Pero ¿es de veras que no bebes?

(Pablo apura su copa.)

PEDRO Pues seguramente, por lo mucho que me añorabas, no has venido por aquí en tres meses.

PABLO (*Trabajando*). Eso mismo pudiera decirte a ti. (*Silencio*). ¿Quieres que te confiese una cosa?.. A la verdad que no sé cómo explicarme... ¿Qué te diré?... Es algo así como si tú fueras un poquitín de mi conciencia... Cuando marché de aquí, abandoné mi conciencia casi por completo... Y héte que, al comenzar este retrato... mi primera obra sincera, de un año a esta parte... he sentido lo muy necesario que me eres y he venido a buscarte para hallarme a mí mismo...

PEDRO ¿Es tu primer cuadro sincero... desde entonces?

PABLO Sí, ¿qué quieres?... Con los primeros cinco mil marcos, apenas si acabé de instalarme... luego, en seguida, cuando empezaba a acostumbrarme a mi magnífico taller, venció el primer trimestre... y otra vez Wurmer con el nuevo contrato... Yo me sentía bien, demasiado bien en ese maldito taller... La alfombra de Smirna, tan tupida que se hunden

suavemente los pies como en el césped... luego mi magnífica cama Luis XIV con sus encajes... semejante a una gran tela de araña que me apresara... En fin, que uno no se resigna a despreciar, así como así, diez mil francos mensuales... ¿No te parece?

PEDRO (*Poco convencido*). Seguramente tienes razón...

PABLO Bien, tú dices esto para consolarme... y, ¿ves tú?, precisamente esto es lo que me vuelve a tí... me consta que tú no hubieras hecho lo que yo hice... tienes valor para mandarlo todo a paseo.

PEDRO ¡Por favor! ¡tú exageras!...

PABLO No, no; te conozco demasiado... y, lo repito, por todo esto, héme aquí de nuevo... La cosa no iba bien... Hace un año que trabajo sin descanso para Wurmer. Y cuando he puesto con honradez los pinceles sobre esta tela... ¡ah! entonces, ha sido imposible del todo... En los ángulos de mi taller se me aparece constantemente la niña del pajarillo, sonriéndome... Es en vano que los cubra con armaduras y damascos... Su sonrisa se insinúa dondequiera, hasta tener la audacia de venir a posarse sobre esta misma tela... Figúrate que incluso mi retrato empezaba a sonreir como ella... Esto se ha convertido en mi pesadilla... Unas veces me decía que acaso la luz del taller no me era propicia... Todo lleno de reflejos coloridos... el brillo del mobiliario tan nuevo y flamante... y algo, algo que no sé cómo definir... Lo cierto es que necesito de tu auxilio, necesito que tú me ampares; tú, tan consecuente, tan heroico...

PEDRO (*Balbuciente y sonrojado*). ¿Yo?... ¿yo?... ¡Amigo mío! ¡si yo he firmado también aquel contrato!

(Pablo se detiene en su labor y mira a Pedro con ojos escrutadores.)

PABLO Luego, ¿has aceptado las condiciones que te imponía el director?... (*Pedro, con la mirada fija en el suelo, permanece en silencio*). ¡Ah, pobre Pedro!... Pues, no creas; cuando he entrado aquí, me he percatado al instante de que algo anormal ocurría.

Con que ¿también tú te has cansado de la eterna miseria?

PEDRO No ha sido por la miseria... ¡Me he acostumbrado a ella de tal modo!...

PABLO ¡Entonces!...

(Reanuda su labor. Pedro persevera en el mutismo. Pablo pinta, cada vez más animado. Tararea una canción popular. Su amigo sigue guardando silencio. Pablo vuélvese distraído.)

¡Como si lo viera! Hay en todo esto una historia de mujer, ¿no es así?... Seguramente te ha fascinado una sirena peligrosa.

PEDRO (*Levantándose nervioso, se dirije hacia la puerta y vuelve*). Me temo que la sirena sea Margarita.

PABLO ¡Canastos! ¿Ella?... ¿Después de llevar tres años de convivencia?... Esto sería incomprensible.

PEDRO Incomprensible, sí... verdaderamente incomprensible. Yo la había siempre considerado como una encantadora compañera, como una deliciosa distracción. Habíame acostumbrado a ella de manera dulce y serena que me protegía contra todo peligro. Sin embargo, ha bastado un ligero desvío, apenas perceptible... un sutil contacto que la mano había olvidado en sus caricias, tan pequeño, tan insignificante, que a ponderarlo con cifras habría que señalar su equivalencia en centésimas de milímetro... y ello ha bastado para que, como una avalancha desprendida por débil ráfaga, me haya precipitado sin fuerza, sin voluntad, yo no sé adónde...

PABLO (*Absorto en su pintura*). ¡Extraordinario!

PEDRO Todas sus lágrimas hubieran sido inútiles, antes de ahora. Su dominio sobre mí existe desde que me he percatado de que no es la misma que en otros tiempos... desde que sé que me miente sin rubor, que inventa para mí una sarta de embustes reprobables. (*Bajando la voz como hablándose a si mismo*), Existe desde que la amo tan locamente, tan desatinadamente. (*Se levanta. Silencio. Pablo está completamente absorto en su trabajo*). Díme, pues, ¿cómo puede ser que haya millares de héroes en las trincheras, luchando, muchas veces, por pabellones

que les son extraños, casi desconocidos, y que sea tan difícil mantenernos héroes entre nosotros... precisamente nosotros que debiéramos esplender como una aurora boreal por encima de los hombres y de los siglos?

PABLO Es que los héroes de las trincheras, si retroceden, caen entre las bayonetas de los gendarmes o, en el mejor de los casos, se abisman en su propia vida de miserias. (*Bebe*). En tanto que nosotros, si caemos, es sobre sedas y entre aterciopelados brazos de mujer... ¡psh, qué quieres! (*Vuelve a beber*). Yo diría que has comido mal, hoy, amigo Pablo. Esta noche nos daremos una buena cena caliente y verás como piensas, luego, de muy distinto modo... (*Bebe otra vez*). Yo te aseguro que cuando comas caliente todos los días, va a cambiar de raiz tu filosofía, ¡que si no!... Tén siempre buena ropa, excelentes guisos perfumados sobre la mesa... monedas de oro en el bolsillo... he aquí la realidad... (*Sigue trabajando con gran vehemencia, a grandes pinceladas*). Lo demás no pasa de ser estúpida quimera... algo como si te saciaras de aguardiente y te sintieras Alza... Alce... Alcibíades. (*Bebe aún y luego retira hacia atrás la cabeza mirando el cuadro*). Vén acá... mira eso... ya empieza a ser otra cosa, ¿eh? (*Pedro examina la tela*). Sobre todo, te lo ruego cordialmente, no te incomodes conmigo. ¡Ea! Díme lo que te parece, con toda franqueza, como en otros tiempos... ¿eh?

PEDRO En verdad... yo no sé, pero...

PABLO Calla, eres un imbécil. ¿Qué entiendes tú en pintura? Déjame... déjame hacer... (*Muy nervioso*). Mejor sería que me dejaras en paz. (*Pedro se dirige lentamente hacia la cocina y, llegando a la puerta, se detiene y mira a Pablo. Este, se mira fijamente en el espejo, bebe, y vuelve a mirarse; da unas pinceladas y se mira otra vez*). Es curioso... exactamente el pintor de los proletarios... el poeta de las miserias del arrabal... De todas maneras, tienes feliz ex-

presión... y una soberbia doble barba. (*Mira el cuadro y lo compara con lo que ve en el espejo*). Es estupendo... los ojos miran espantados... parpadean temblorosos en medio del rostro coloradote... ¿Qué tienen, pues?... ¡Oh, y ese trazo de amargura junto a los labios!... (*Mira a la tela*). Mientras que éste... éste... se sonríe... ¡y qué beata sonrisa, la suya!... acaso burlona. Tiene razón... ¿qué vengo a hacer yo en este cuchitril nauseabundo?... ¿a qué perder tontamente mi tiempo?... Pude haber hecho ya dos cuadros para Wurmer... dos muchachitas con el pajarito... (*Canta*).

Dos lindas chiquillas
con un pajarillo...

(*Mira fijo al espejo*). ¿Tú? ¡Ah! ¿eres tú quien pretendía ser artista?... ¿Tú?... ¡idiota!... ¿Tú?... ¡fachenda!... ¿Tú? (*Escupe en el espejo, hipando*). ¿Y te lo imaginaste de veras llegar a ser artista?...

(Por sus mejillas empiezan a resbalar unas lágrimas. Muy distraído busca un pañuelo en sus bolsillos y acaba por tomar el trapo que le sirve para limpiar los pinceles, en el cual oculta su rostro, sollozando. Pedro presencia perplejo esta escena; adelanta un paso hacia Pablo, pero se detiene y sale despacio por la puerta que conduce a la cocina. Pablo continúa llorando, oculto el semblante en el trapo. Penumbra, casi obscuridad. En la cocina han encendido una lámpara, cuyo resplandor se desliza, ténue, por la puerta entreabierta.)

## ESCENA SEXTA

PABLO y MARGARITA

Margarita entra con semblante gozoso y revolviéndolo todo con estrépito. Pablo se sobresalta, mira estupefacto el trapo y lo arroja.

MARG. ¡Cómo!... ¿Usted aquí? (*Pablo se vuelve. Tiene el rostro lleno de manchas, violeta, rojo, azul, amarillo: todos los colores de su paleta. Margarita se acerca a él inclinándose para mirarle*). ¿Qué tiene usted?... ¡Hace usted una cara!... (*La acomete un acceso de risa*). ¡Oh, Dios mío!... ¡Señor Dios!...

(Se deja caer en una silla, se oprime los costados y da en reir cada vez más estridentemente.)

Pablo ¿Qué le pasa? ¿Qué es eso?...

Marg. ¡Y ese gesto lúgubre... a través de los colores!... ¡Oh... oh... oh!... ¡Yo voy a reventar!...

(Sigue riendo a carcajadas.)

Pablo (*Furioso*). Pero ¿qué demonio tienes?... ¡Mal...!

Marg. ¡Oh... Dios mío!... ¡qué cómico está!...

Pablo (*Ya junto a ella, ronco de furor*). ¡Cállate! (*Margarita ríe todavía más*). Conque ¿ríes?... ¿ríes, eh?... Cuando por culpa tuya, precisamente, me he prostituído... como tú misma...

Marg. (*Sobresaltándose*). ¿Y osas tú...? (*Calla repentinamente y mira azorada hacia el biombo, tapándose la boca con las manos. Pablo, turbado, mira también hacia el biombo. Margarita, con risa nerviosa, prosigue*). En verdad que imita «usted» maravillosamente a Zacconi en la locura.

Pablo ¡Cómo! ¿Qué dice usted?.

(Pablo ha ido retrociendo hasta poder mirar tras el biombo y cerciorándose de que Pedro no esta allí, respira con alivio. Margarita ha comprendido la operacion de Pablo y a su vez ha avanzado hacia el fondo. Los dos están ante la ventana, en último término.)

Marg. (*En voz baja*). ¡Canalla!... Atrévete a repetir...

Pablo ¡Oh, ta, ta!... La serpentilla...

Marg. (*Muy exaltada*). Repítelo, si eres capaz...

Pablo ¡Vamos!... ¡Heroína a estas horas!... ¡y hace un momento morías de miedo!

Marg. Sí, porque él, él es un hombre... El no me insultaría... ¡me mataría!

Pablo ¡Bah!

Marg. Te mofas... pero no te atreves a repetirlo... ¡cobarde!... ¡canalla!...

Pablo Acaso, dí... ¿no has comprado esa piel con mi dinero? ¿Y ese traje? ¡Dí!

Marg. ¡Oh! ¡ja, ja, ja!...

Pablo Sí, ríe... ríe... tienes razón. Yo me vendí para poder comprarte trajes... y pieles...

Marg. No es verdad. Te vendiste porque te gusta inflarte, ¡vanidoso!... ¡estulto!...

Pablo (*Asiéndola del brazo*). Cállate...

MARG. No, no callo. Te has vendido porque adoras con exceso tu barriga... ¡tragón!... ¡beodo!...

PABLO (*Asiéndola del otro brazo*). Ni un alfiler llevas encima que no lo hayas comprado con mi bolsa.

MARG. ¡Ja, ja, ja!... ¡te engañas!...

PABLO Quizá has comprado ese boa con el fruto de tu trabajo en escena...

MARG. No, eso no.

PABLO Entonces, ¡ya ves!...

MARG. No veo nada. Pero... no has sido tú quien ha pagado ésto. Si no lo crees, vé a la peletería y pregúntalo... Allá te dirán quién abonó la factura... ¡imbécil!... ¡avaro!... ¡fatuo!...

PABLO (*Sacudiéndola con todas sus fuerzas*). ¡Impúdica... mala mujer... he de extrangularte! (*Momentos antes, a través de la luz que llega de la cocina, se ha proyectado la sombra de Pedro. Margarita se percata de esa sombra y ya no siente dolor en sus brazos martirizados ni oye nada, atenta sólo a mirar con espanto la aparición*). ¿Lo oyes?... ¡He de extrangularte!

(Viendo que Margarita no opone rebeldía, la mira aturdido y la suelta lentamente. Margarita, pálida como una muerta y temblando, se adelanta. Pablo avanza también con ella. Los dos caminan al mismo paso, como si estuvieran hipnotizados y se detienen ante la sombra, que se extiende, alargada, sobre el pavimento. Parece se hallan al borde de un precipicio.)

MARG. (*Con voz apenas inteligible*). Lo ha oído todo... ¡Me matará!

(No se atreven a avanzar y quedan inmóviles ante la sombra.)

## ESCENA SÉPTIMA

Los mismos, más PEDRO Y JULIA

Pedro entra con semblante demudado. Inmediatamente aparece doña Julia con una lámpara encendida, que coloca sobre la mesa. Al distinguir a Pablo, comienza a reir.

JULIA ¡Señorito Pablo!... (*Mas viendo a todos con el rostro lívido y mudos, calla rápidamente, si bien sus ojos

*siguen riendo. De pronto, dice):* ¡Ah! ¡ya comprendo!... Es que empieza el ensayo de la comedia.

(Doña Julia mira a Pedro como interrogándole. Pedro, que tiene oprimida la garganta, hace visibles esfuerzos para hablar.)

PEDRO No, todavía no, doña Julia...

JULIA Entonces, cuando empiecen, no se olviden de llamarme.

(Doña Julia sale. Pedro adelanta un paso y se detiene. Margarita quiere decir algo, pero enmudece. Pablo se muerde el bigote. Silencio. De pronto se oyen voces en la antecámara. Doña Julia aparece y entrega a Pedro una carta.)

Un señor que se empeña en hablarle.

PEDRO Que entre.

JULIA (*En voz baja a Pedro*). Así, pues, ¿no habrá comedia hoy?

PEDRO Sí. Cuando esa visita se haya marchado.

## ESCENA OCTAVA

PEDRO, PABLO. MARGARITA, SECRETARIO

SECR. (*Entrando*). Buenas noches... (*Mira a Pablo y no puede contenerse la risa*). Perdonen. (*Procurando disimular*). ¿Tengo el honor de hablar a don Pedro Rolande? (*Sin esperar la respuesta*). Supongo que la señorita me habrá ya anunciado. Cuando ha estado en el teatro, inmediatamente me ha encargado el director de... ¡Oh, perdonen! no me he presentado aún... Soy el secretario del «Teatro Odeón»... muy breve: Sequi, como allí me llaman. Pues bien, como en interés del teatro conviene que ciertas cosas no se repitan, pues bien... (*Busca la palabra; pero en aquel momento su mirada se dirige hacia Pablo y prorrumpe de nuevo en risa*). Excusen ustedes... En una palabra: ha sido añadida una cláusula al contrato, por la cual usted, señor... ¡oh, perdone!... usted, querido maestro, consiente en dar a la empresa amplias facultades...

PEDRO (*A Pablo y Margarita*). Os suplico nos dejéis solos...

MARG. (*Adelantando un paso*). Pedro... te ruego que...

PEDRO (*Muy enérgico*). Digo que nos dejéis solos.

(Margarita y Pablo salen. Pedro toma el papel que el secretario le presenta, lo mira, lo coloca sobre la mesa y se sienta.)

SECR. Gracias. (*Sentándose*). No creo haya ahora ninguna dificultad.

PEDRO Así lo espero.

SECR. En el teatro, todos están encantados con sus comedias. El mismo director ha dicho que valen millones... millones para la empresa y, naturalmente, para el autor también. Ahora, que esas obras son... ¿cómo diré?... demasiado buenas... esto es... como escritas por un autor clásico... Quiero decir que no están al alcance de todo el público... Por eso son necesarias algunas modificaciones con el solo objeto... Dispense... ¿me escucha usted, verdad?

PEDRO Sí, sí, continúe.

SECR. Pues bien, esas modificaciones tienen por objeto tender un puente entre la literatura de usted y el gusto del público. Por esta razón, la empresa requiere amplias facultades en punto a enmiendas. «El Hijo del Negro» ha pasado también por el taller del teatro. Usted lo conoce, seguramente.

PEDRO Sí, lo he leído. ¡Una perfecta idiotez!

SECR. ¡Oh!... ¡entendámonos!... Yo he visto todas las noches el registro de ingresos y crea usted que ha resultado una lectura deliciosa... De todas maneras, en el caso de usted no se trata de modificaciones importantes. Algún que otro juego de palabras, así, de actualidad, luego... (*Consulta su reloj*). ¡Caramba! Dispense usted... tengo mucha prisa. En el teatro me aguardan.

JULIA (*Entrando con un par de zapatos*). Ustedes perdonen que les interrumpa, pero... (*en voz baja a Pedro*) el remendón ha traído los zapatos y no quiere marcharse que no se le pague...

PEDRO En este momento... (*hurgando en el bolsillo*) no tengo dinero... Mañana.

JULIA Yo lo adelantaré a cuenta. (*Sale*).

SECR. Por lo que respecta a la cuestion dinero... si se trata de unos miles de coronas nada más, la empresa puede adelantárselos esta misma noche. (*Vuelve a mirar el reloj*). Pero, excuse usted, tengo muchísima prisa.

PEDRO Por mí, no se moleste.

SECR. ¿Y la cláusula? (*Pedro rompe la hoja en dos pedazos*). Pero, señor... (*Pedro dobla los pedazos rotos y vuelve a rasgarlos por la mitad*). En fin, no comprendo...
(Pedro sigue despedazando el papel, hasta reducirlo casi a la nada.)

PEDRO Como usted ve, mis obras se representarán tal cual las he escrito o no se representarán.
(Con la mano sacude los pedacitos que quedaron sobre el tapete.)

SECR. Permítame, sin embargo... Piense usted en su actual situación...

PEDRO Si no me engaño, le están aguardando.

SECR. Pero... decididamente...

PEDRO Va usted a retrasarse demasiado.

SECR. Es que.... (*Repentinamente*). Buenas noches, señor.

PEDRO Vaya usted con Dios.
(El Secretario va hasta la puerta, se vuelve, mira a Pedro, levanta los hombros, y sale.)

## ESCENA NOVENA

PEDRO, PABLO, MARGARITA y doña JULIA

Apenas ha salido el secretario, aparecen, uno tras otro, doña Julía, Margarita y Pablo, el cual se ha lavado a la ligera. Pedro, sentado a la mesa, juega con la pluma. Margarita distingue los pedazos de papel y se estremece.

JULIA (*Alborozada*). ¿Van ustedes a empezar?
(Sécase las manos con el delantal, se lo quita, sale corriendo y vuelve al instante. Coloca una silla en el rincón de la derecha del escenario, en la cual se repantiga como hiciera, otro tiempo, en el teatro. Pedro, inclinándose sobre el papel, como si se dispusiera a hacer cosa de mucha importancia, sobre la hoja que tiene delante traza una pequeña cruz. Margarita se va acercando lentamente a la mesa; de pronto, profiere un grito y le arrebata la hoja.)

MARG. Está bien... Quiere decir que me echas a la calle... No temas... me marcho. (*A Pablo*). Vamos, Pablo...

PABLO (*Que no comprende nada de lo que ocurre*). No lo entiendo...

MARG. ¡Ea!... No finjas... Yo soy tu amante... ¡Vamos!..' (*A Pedro*). Conque, ¡me pones en la puerta con tanta naturalidad!... ¿Y por qué?... Porque me he cansado, al fin, de la miseria sin solución... Porque no he querido que mis manos se helaran con los cierzos de este invierno... Porque he renunciado a pasearme con las botas rotas... y a perder la salud... ¡Ah! porque no me he resignado a ser una miserable muerta de hambre, una pordiosera, un esqueleto, como tú... (*Pedro se levanta con temblor nervioso*). Sí, sí, eso es lo que tú eres... No tienes ya ni sombra de hombre, porque si lo fueras, me habrías aniquilado, extrangulado... Pero tú... miserable... ¡si un soplo de aire te tumba!... (*Margarita sigue execrándole entre sollozos, en los cuales hay más piedad que odio*). Miserable... famélico... miserable... pobre... mendigo... *(Con un susurro de voz mimosa, acariciante*). Pobre... con las piernas doloridas... enfermo al corazón... pobre... miserable...

JULIA (*Boquiabierta*). ¡Qué bien dice, pobrecilla!

MARG. (*Rápidamente a Pablo*). ¡Vámonos!...

PABLO Pero, Margarita, no acierto a comprender...

MARG. Tienes razón, quédate... Harto sabes que te detesto con toda mi alma... (*Márchase*).

PABLO Pedro...

PEDRO Calla... no te esfuerces. Hoy nuestros caminos se distancian para siempre.

PABLO En fin, ¡qué le vamos a hacer!

(Pablo se pone el sombrero y sale precipitadamente. Doña Julia aplaude. Pedro se va abatiendo lentamente sobre una silla, apoya su frente entre las manos y queda mirando fijamente ante sí. Doña Julia se impacienta, se remueve en la silla, se levanta, va hacia la puerta, la abre, sale y en seguida vuelve a entrar.)

JULIA Pues se han marchado de veras.

PEDRO Sí, se han marchado para siempre... De hoy en adelante podré ser fuerte, porque seré solo.

JULIA *(Después de un momento de silencio, secándose las lágrimas y suspirando).* ¡Señor, Señor!... ¡y qué malo es el mundo!

FIN DEL SEGUNDO ACTO



# ACTO TERCERO

## La Vida

La misma decoración que en el acto anterior

### ESCENA PRIMERA

PEDRO y JULIA

Pedro a medio vestir. Pantalón de etiqueta, chaleco blanco y en mangas de camisa. El resto del traje está sobre el respaldo de una silla. Se arregla los gemelos de los puños. Doña Julia viste traje de seda, negro, pasado de moda.

PEDRO ¡A que no me lo podré abrochar!... ¿Quiere usted ayudarme, doña Julia? (*Doña Julia le arregla el puño*). Gracias.

JULIA (*Suspirando*). Han dado ya las diez.

PEDRO (*Arreglándose el cabello ante el espejo*). ¿De veras?

JULIA Yo que imaginé que a lo menos en la solemnidad de hoy podría llegar al teatro como todo el mundo.

PEDRO ¿No le he dicho cien veces que se fuera, doña Julia?

JULIA Claro está que me lo ha dicho usted. Pero ya ve que, sin mí, no podía ni abrocharse el puño...

(Toma el frac y lo sostiene, abierto, para que Pedro pueda ponérselo.)

PEDRO (*Ante el espejo*). ¡Qué mal semblante tengo! No debí asistir al ensayo general.

JULIA Luego, ¿es verdad que se ha desmayado usted?

PEDRO El mismo diablo se hubiera desvanecido... Hacía un calor, y además, la emoción... (*Se sienta*). Estoy rendido.

Julia (*Dejando el frac otra vez sobre la silla*). Entonces, ¿no vamos?...

Pedro Sí, iremos... iremos... doña Julia... un poco de paciencia.

Julia Desde hace años que no oigo otra cosa que estreno por aquí, estreno por allá... y al final, eso.

Pedro No se preocupe, doña Julia. Mañana podrá usted verla del principio al fin. Y si tanto le gusta, todas las noches... (*Sobresaltándose*). Llaman... Si, llaman a la puerta.

(Julia va a la puerta y abre.)

## ESCENA SEGUNDA

Los mismos, más el Secretario

El Secretario, vestido de etiqueta, se precipita sudoroso en la estancia.

Secr. ¡Ah!... ¡por fin, querido maestro!... ¡por fin!... (*sécase la frente*). Ha terminado el segundo acto... Un éxito loco... fenomenal. El público ha rugido de entusiasmo, como si perdiera la razón... Y el autor sin parecer por ninguna parte. He recorrido todo el teatro... ¡hasta el paraíso!... Le he buscado por toda la ciudad; el café Imperial, el Suizo, el café Inglés... en fin, por todos los rincones... Ha habido que levantar el telón más de veinte veces... e incluso cuando habían ya descendido el segundo telón... el director de escena ha tenido que presentarse por la lateral. Por cierto que se ha dado un testarazo que, a poco más, se mata... El empresario está loco de alegría... Me ha aumentado el estipendio... Ha aumentado a todo el mundo... ¡Y pensar que ese hombre había pretendido modificar la obra de usted!... ¡Qué idiota! Sabe él de literatura lo que yo de latín, que no sé nada... El teatro, lleno, archicompleto... Hemos tenido que abrir las ventanas para que no se asfixiaran... ¡Miren que estrenar en primavera una obra maestra como esa!

Desde la calle se oían los aplausos... debían oírse también desde aquí... ¡Querido maestro... se lo ruego... venga usted conmigo... siquiera para salir a escena al final del último acto!

PEDRO Voy, voy al instante.

SECR. Contamos, pues, con usted... ¿Seguro?...

PEDRO Segurísimo.

SECR. Hasta ahora... (*En este momento, ve por primera vez a doña Julia*). Ah!... ¡perdóneme usted, señora!... Usted es, sin duda, la señora madre del maestro... Permítame, pues, que felicite cordialmente a la madre del moderno Molière. (*Le besa la mano*). Por favor, maestro... va a empezar el tercer acto.

(Sale.)

JULIA Se ha creído que soy la madre de usted... (*Emocionada*). ¡Alabado sea Dios!... Con frecuencia, yo misma lo he pensado también... (*Suspira. Pedro esmeciéndose, mira hacia la puerta*). ¿Espera usted a alguien?

PEDRO No, a nadie. ¿A quién voy a esperar?... Nos vamos en seguida. (*Apoya la cabeza en las manos*). Me pesa como si fuera de plomo... Será efecto de la calentura de la pasada noche. (*Se estremece y vuelve a mirar hacia la puerta*). Parece como que haya entrado alguien en la cocina...

JULIA Voy a ver... (*Mira por la puerta*). Nadie. (*Vuelve a su sitio y suspira*). No puedo tenerme derecha. .

PEDRO ¿Por qué no se sienta, pues?

JULIA No quería arrugar la seda. Estoy vestida de hace seis horas. Yo creía poder sentarme en mi butaca como en otros tiempos, en vida de mi Abel.

PEDRO Siéntese sin reparo. No importa que se arrugue la falda. Le regalaré a usted un traje nuevo, de la más bonita y más fina seda que encuentre.

JULIA ¿A mí?... ¡Señor, Señor!... ¿Y qué voy a hacer yo con tan buen traje?... Este está bastante bien aún para cuando me lo ponga otra vez... que será para amortajarme... (*Doña Julia se sienta recogiendo la falda con mucha precaución para que no se le arru-*

*gue, y en tanto mueve tristemente la cabeza*). ¡Un traje de seda para mí!... (*Se oyen voces en la cocina*). Ahora sí me parece que alguien ha entrado. (*Sale*).

## ESCENA TERCERA

Los mismos, más Pablo

Julia (*Entrando*). Ha venido el señorito Pablo.

Pedro ¿Pablo? Hágale pasar.

Julia (*Cediendo el paso al visitante*). Entre usted.

(Doña Julia vuelve a la cocina. Pablo entra vistiendo de etiqueta. con sombrero de copa en la mano. Se detiene perplejo ante Pedro y busca la manera de empezar.)

Pedro Buenas noches, Pablo.

Pablo (*Emocionado*). Buenas noches, Pedro... (*Silencio*). En el teatro me han dicho que te sientes algo indispuesto... que te pusiste malo en el ensayo general.

Pedro Pasó ya. Me siento perfectamente bien.

Pablo Me han dicho que estabas solo... aunque el secretario me ha hablado, luego, como que tu madre estuviese aquí contigo.

Pedro (*Con temblor en los labios*). Mi madre murió hace tres meses...

Pablo (*Turbado*). ¿Tu madre ha muerto?

Pedro Hace tres meses... (*Silencio*). Siéntate.

Pablo Gracias. (*Siéntase*). Pues... habiéndome dicho que estabas enfermo y... solo... he pensado: «Voy a verle de todas maneras...»

Pedro Gracias.

Pablo Se me ha ocurrido que acaso no estuvieras ya enojado conmigo.

Pedro Nunca lo estuve contigo.

Pablo Claro, yo lo he sentido también como tú dices... precisamente hoy... ¡es curioso!... cuando al acabar el primer acto los aplausos se han desencadenado como un trueno. Después de un año... por primera vez después de un año, he comprendido, de repente, que tú no pudiste jamás guardarme rencor...

que nunca me odiaste. (*Después de breve silencio*). ¿No vienes al teatro?

PEDRO Sí, sí, en seguida.

PABLO Si hubieras oído cómo te llamaban al finalizar los actos... Aquello no eran aplausos, sino un como rugido de huracán. Y en el anfiteatro de lunetas, las manos femeninas se agitaban lo mismo que pétalos arrebatados por un torbellino... No, te digo que es indescriptible. Tú debías verlo... (*Con creciente entusiasmo*). ¡Y los críticos del ensayo general!... Nunca se ha escrito de semejante modo con respecto a un autor contemporáneo. Han hablado de tu obra como si se tratara de un clásico, muerto años há, alrededor de cuyo sepulcro se desvanecieron para siempre la envidia y el odio... y cuyo nombre sólo flores y lauros mereciera...

PEDRO Y después de esto, ¿no te parece improcedente que siga viviendo?

PABLO ¡Pues! ¿cómo se te ocurren semejantes ideas? Apenas tienes treinta y dos años, y ante tí, veinte, treinta años más te brindan honores...

PEDRO ¡Todavía treinta años!... He envejecido demasiado para tanto...

PABLO Vámonos al teatro. Verás tú cómo hablas de muy distinto modo cuando veas por tus ojos al público. A la primera escena han tosido y se han agitado con recelo. Pero, a la tercera escena, se ha desenvuelto la primera risotada. Y después, de situación en situación, se han engarzado las risas francas, espontáneas... El doctor, tu médico, es el primero en iniciarlas con su reir estrepitoso. Siempre empieza unos segundos antes que los demás. Viene a ser como la mecha que produce la explosión de risa de la multitud. Al principio, las gentes se han mirado con circunspección. No se han reconocido... El público, pudiera decir que se rejuvenecía. ¡Y pensar que, mientras tanto, te consumías en este lóbrego tabuco!...

PEDRO Quizá es esto más razonable que conducirme hasta

el proscenio... con mis viejos huesos doloridos... ante ese público que, como me dices, se remoza...

PABLO ¡Y dale!... Pásate unos meses en el campo, con sosiego, sin zozobras, y veremos si hablarás siempre de este modo... ¡Ea! Vámonos...

(Consulta su reloj. Pedro se pone el frac. Pablo le ayuda.)

PEDRO Gracias.

PABLO El abrigo...

PEDRO Creo nos queda tiempo, hasta el fin del acto.

PABLO (*Volviendo a consultar su reloj*). Más de veinte minutos.

PEDRO Si te parece, sentémonos ahí.

(Escucha atentamente hacia la puerta.)

PABLO ¿Aguardas a alguien?

PEDRO ¿Yo? No, a nadie.

(Le ofrece un cigarrillo.)

PABLO Gracias. (*Ambos encienden*). Verdaderamente es soberbio lo que has hecho... Pero lo que más me admira es cómo has resistido hasta el fin... con valor... heroicamente... Esto es lo que me asombra en tí, esta gran juventud brillante y heroica... Que es lo que a tí me atraía, sobre todo a mi regreso de Niza.

PEDRO ¿Tu has ido a Niza?

PABLO No podía ir a otra parte. El triunfo está en poder realizar los deseos de nuestros enemigos y de nuestros amigos. Toda la vida he soñado en ir a una pequeña ciudad de la Transilvania, pero fuerza ha sido quedarme en Niza, bajo tu cielo azul, sobre tus campos de violetas... Porque el hombre, después de todo, es un animalito de esta índole... Y a la postre, no he podido soportar el pasaje más allá de dos semanas. El cielo permanecía invariablemente azul; el sol brillaba en el mar desde por la mañana hasta por la noche; la Naturaleza no dejaba por un momento su sonrisa, lo mismo que un «maître d'hôtel» o como un cuadro con vistas a la fácil venta... Si me propusiera descansar como deseo, tendría necesariamente que ir a Transilva-

nia en invierno, cuando los lobos aullan en redor de las casucas tristes y cerradas... a là Bretaña, donde llueve meses enteros y cuyos moradores están, de continuo, compungidos... He partido de la risueña Riviera como alma que lleva el diablo... Además, tenía pendiente el asunto del Nuevo Teatro.

PEDRO ¿Cómo? ¿Tú trabajas para el Nuevo Teatro?

PABLO Sí, una bicoca que me han prometido... cosa de veinte mil coronas... He de pintar los frescos del techo y de las salitas.

PEDRO Entonces, será por esto que has regresado.

PABLO Te juro que me sentía mal, allá, tan a mis anchas. Luego, al entrar en mi casa, he sentido la necesidad irreductible de venir aquí, contigo... en este viejo camaranchón. Sólo que no me atrevía a presentarme... después... después de aquel famoso enredo... Ya otra vez vine hasta el portal... (*Mira en derredor*). ¡Ah, la vieja y querida alcoba!... (*Va hasta el armario*). Los botes de confituras... (*Se dirige a la librería*). La ardilla... (*Se sienta*). ¡Y dices que no eres joven!...

PEDRO Llevo treinta y tres años en el alma. Podría ser joven aún... Pero, fíjate cómo no depende de los años que este viejo y querido camaranchón, así le has llamado, se haya convertido en una habitación arreglada con gusto infame y respire insoportable tristeza. Sin embargo, todo está conforme lo hallamos al entrar por primera vez. Y algo ha desaparecido, en efecto, algo intangible que lo inundaba todo de claridad áurea y constante... Tiene ahora no sé qué de escenario, como cuando, acabado el ensayo matinal, se apagan las luces y el decorado se desmaya gris, triste, vergonzante, a la luz del día. Las mismas cosas son... Pero las luces se han apagado... y yo sé que no volverán a encenderse.

PABLO Puede que tengas razón... Tenía muchos deseos de volver aquí, porque me parecía haber dejado algo, no sé qué, acaso un rayo de luz. Lo cierto es que

me atraía irresistiblemente. Y ahora, como tú, busco en vano; porque mientras he estado ausente, ese no sé qué, la cosa inefable, ha desaparecido, se ha evaporado como un viejo perfume...

PEDRO Y así es. He aquí la juventud, y no los veinte o treinta años. Cuando vi al maestro Hugo por última vez, tenía él 67 años; pero brillaba en sus ojos la luz de ese rayo, cuyo fulgor en vano buscamos...

PABLO ...y del cual hablamos como de una antigua amante fallecida...

PEDRO ... y hablamos sin atrevernos a pronunciar su nombre.

(Silencio.)

PABLO Pues te diré... para serte en todo sincero... Si he venido a verte... es también porque... Porque sentía imperiosa necesidad de hablar contigo de... *eso.*

PEDRO ¿De eso?

PABLO No podría hablarlo más que contigo... pero, yo no sé... sospecho que te sea desagradable.

PEDRO Lo mismo da que hablar de cualquier otra cosa... Desde que estás aquí no hacemos sino divagar sobre el mismo tema, sólo que no osamos pronunciar su nombre.

(Largo silencio.)

PABLO Está también en el teatro.

PEDRO ¿Contigo?

PABLO ¡Cómo! Pues, ¿no lo sabes? Desde aquella noche, no ha querido saber de mí una palabra...

PEDRO Entonces, ¿con quién está?

PABLO En el palco del Marquesito a la moda.

PEDRO ¿Quién es ese Marquesito?

PABLO Pieles, alhajas, auto, trajes... Y después... ¡qué idiota soy hablándote de estas cosas!... Bien se me alcanza que esto te hace sufrir...

PEDRO No, no temas... Murió para siempre jamás. (*Le ofrece un cigarrillo. Silencio*). Decías que está en el palco de...

PABLO Sí... elegantemente vestida con traje de seda granate... una salida de teatro terciopelo rosa con

vueltas de armiño y bordada con una caprichosa piel parda que tiene dorados reflejos. Está hermosa... muy hermosa. Ayer estuvo en el Ritz... Llevaba un manto de astrakán hasta los pies... anteayer en un salón...

PEDRO Es chocante... ¿la ves todos los días?

PABLO ¡Mi dinero me cuesta! Compro al portero para que me diga adónde va... Y la sigo... de lejos... Ya ves tú... tal es mi vida. Y luego trabajo, trabajo por la noche, porque si no, no podría dormir. Enciendo los focos eléctricos y pinto una figura y un paisaje... Después de comer, me dirijo en coche a las calles de los bazares lujosos y pinto diamantes y sederías... y recojo oro y lo apilo... y siempre más... Pero ella se hace cada vez más difícil... sigue subiendo, alto, en alto. En fin, día vendrá en que poseeré lo suficiente. Es necesario que lo posea... y entonces, podré verla de otra manera que de lejos.

PEDRO (*Asiéndole del brazo*). Eso es, la estrecharás contra tu pecho...

PABLO ¡Imbécil de mí! Había tomado en serio eso que me decías, que todo acabó...

PEDRO Si que acabó... ¡para siempre!...

PABLO (*Levantándose*). Me parece que debiéramos irnos ya.

PEDRO Sí...

(Escucha en dirección a la puerta.)

PABLO ¡Cuando digo que esperas a alguien!...

PEDRO Repito que no espero a nadie.

JULIA (*Entrando con una carta*). Una carta. La ha traído el portero del teatro.

PEDRO Está bien. ¿Aguarda contestación? (*A Pablo*). Perdona.

(Abre la carta y lee).

JULIA (*Manifestando alegría*). ¡Cuánto tiempo sin verle a usted, señorito Pablo!... ¿Es de veras que ha estado en el extranjero?

PABLO (*Mirando a su amigo*). Sí, he viajado un poco... y además ¡tengo siempre tanto, tanto trabajo!...

PEDRO (*Con temblor en los labios*). Doña Julia... nos vamos en seguida al teatro... Vuelva usted, por favor, a la cocina y si mientras tanto viene alguien, dígale que no estoy, que me he ido al teatro... sea quien sea... ¡que no estoy!.

JULIA (*Saliendo*). ¡Está de Dios que no he de ver ni el final! (*Sale*).

PABLO Y yo presumo que volveré solo al teatro.

PEDRO ¿Por qué?

PABLO Porque si verdaderamente no quisieras ver a esa persona, iríamos en seguida y no darías órdenes tan severas en tanto aguardas... esto es, a la persona que aguardas desde que estoy aquí...

PEDRO No digas majaderías... (*Se pone sombrero de copa*). A nadie espero... Dios sabe cuán pocas ganas tengo de asistir...

PABLO Esto es afectación.

PEDRO No, nada de afectación. Me siento mal... siento como un mareo...

PABLO ¡Bah! Todo desaparece ante las candilejas.

PEDRO Tal vez... Sin embargo seré el mismo... esto es, ¿quién?... un hombre enfermo, rendido... un hombre desagradable, sonriendo amargamente...

PABLO Eres ridículo...

PEDRO Quizá sí... pero mira... esta noche... la fiebre me ha torturado. No me ha sido posible conciliar el sueño... y durante mi insomnio, mirando en la oscuridad, he visto claro, tan claro como sólo puede verse en la sombra de la noche... Y he visto... me he visto a mí mismo, mi vida, mi porvenir, todo...

PABLO Entonces habrás visto tu porvenir brillante...

PEDRO Me ha asaltado un recuerdo de la infancia... Un recuerdo de la infancia por mucho tiempo olvidado... Cierta vez, cuando era todavía un muchacho con calza corta, hallé una crisálida en nuestro jardín... Bien me acuerdo... la cogí y púsela sobre el alféizar de mi ventana. Todos los días la examinaba, hasta que, una mañana, la crisálida se abrió y apareció la mariposa soberbia, multicolor... La es-

toy viendo aún... Salía con dificultad de su crisálida y las diminutas patas, finísimas, se enredaban arrastrando sus vulgares despojos... hasta que, por fin, quedó libre y emprendió el vuelo en alto, siempre más alto, en la brillante luz del mediodía que iluminaba sus colores como un arco-iris en miniatura...

PEDRO Me parece que tienes fiebre todavía...

PEDRO ...Y he comprendido que cuanto hubo de hermoso, de brillante en mi vida, ha sido lo mismo que esta mariposa que he visto volar en mi insomnio. He comprendido también que mi cuerpo enfermo y quebrantado, no es más que una crisálida, que se arrastrará aún penosamente, sabe Dios por cuanto tiempo, y que no sirve más que para contener a la mariposa en su afán de volar, libre, hacia el infinito azul del cielo... Sí, tú me hablas de grandes éxitos, de cosas soberbias que dices he hecho... Y tienes razón. Ahí están... Ellas son la mariposa que llevaba dentro de mí. Su color rojo, mi alegría; el fulgor diamantino, mis lágrimas; su ojo negro, mi tristeza; su policromía de arco-iris, mi juventud. Y ahora yo debiera ir allí, con mis rodillas dolientes, con mi corazón que dobla a funeral a martillazos, sí, yo debiera arrastrarme tras la mariposa multicolor que vuela a plena luz, yo, la pobre crisálida agonizante...

PABLO (*Tomándole el pulso*). Decididamente, tienes fiebre aún... (*Pedro se abandona fatigado en una silla*). Después de la representación, en seguida a la cama... necesitas descansar. (*Consulta su reloj).* ¿Vamos?

PEDRO Al momento. Adelántate tú... Yo sigo.

PABLO Voy a ver en qué escena están. Te vendré a buscar con mi coche...

PEDRO No, por tres pasos...

PABLO Tres pasos, para tí, ahora, son demasiados. Saludarás al público e inmediatamente a la cama. (*Pablo se aleja y llegando al umbral se vuelve*). Hasta ahora.

PEDRO Hasta ahora.

JULIA (*Entrando*). Seguramente vuelve en seguida.

PEDRO Por favor, doña Julia, abra la ventana...
(Se levanta.)

JULIA (*Abriéndola*). Sí... ahora vuelve...

PEDRO (*Se dirige fatigado hacia la ventana*). Doña Julia... hágame el obsequio... un vaso de agua...

JULIA ¿Se siente usted mal?

PEDRO La garganta me arde... parece que me ahogue.

JULIA Voy al instante.

(Sale, dejando la puerta abierta. Se oye el ruido de un grifo y en seguida voces de mujer. Pedro permanece un momento inmóvil ante la ventana, luego se vuelve, adelanta un paso, los labios encendidos en calentura, respirando afanosamente el aire, como quien se asfixia.

## ESCENA CUARTA

### PEDRO y MARGARITA

Margarita se presenta vistiendo traje de seda granate muy descotado. Cubre sus hombros una salida de teatro forrada de armiño. Luce muchas alhajas. Lleva en la mano un vaso de agua sobre una bandeja. Pedro mueve los labios para hablar, pero no puede pronunciar palabra. Margarita se acerca a él y con ademán sencillo y dulce le presenta la bandeja. Pedro toma con mano temblorosa el vaso, apura hasta la última gota y vuelve a ponerlo en la bandeja, diciendo con voz apenas perceptible.

PABLO Gracias. (*Margarita deja el servicio sobre la mesa y se vuelve hacia Pedro sonriéndole. El cual, cobrando su dominio, se yergue*). ¿Qué baces tú aquí?

MARG. ¿Qué hago?...

PEDRO He dicho terminantemente a doña Julia que no estoy en casa para nadie... ¿no te lo ha dicho?

MARG. Sí, me lo ha dicho...

PEDRO Entonces, ¿por qué has entrado? ¿Qué me quieres?

MARG. Me preguntas qué quiero...
(Pone una mano sobre el hombro de Pedro.)

PEDRO (*Estremeciéndose*). Bien sabes que entre nosotros todo acabó, para siempre.

MARG. ¡Lo que yo quiero! (*Pone sobre el hombro de Pedro la otra mano*). ¡Lo que yo quiero!...

PEDRO Véte, no te reconozco... Te detesto... te odio.
(Margaríta enlaza los brazos en torno al cuello de Pedro, cuyos labios busca con sus labios y se unen en beso largo y silencioso.)

MARG. (*En voz muy baja*). Esto quería...

PEDRO (*Desprendiéndose*). Véte, véte...

MARG. Puedes decir ahora lo que gustes.

PEDRO ¿A qué has venido? ¿Para atormentarme aún? Véte. Te he dicho ya que te detesto... y te odio.

MARG. No... no... no es eso lo que tus labios me han revelado...

PEDRO Han mentido, pues... como los tuyos han mentido.

MARG. No, no han mentido... que yo jamás... jamás he amado a nadie sino a tí.

PEDRO Olvidas que entre nosotros se ha interpuesto un año... este año terrible...

MARG. Y es este año lo que no perdonas, ¿verdad? Porque tú sigues siendo el egoísta de antes, el egoísta de siempre, que no atiende más que a sí mismo... que no siente sino sus propios dolores... como si yo no hubiese sufrido también. ¡Ah!; si supieras lo que me ha pesado esa diminuta cruz negra... cómo ha martirizado mi corazón!

PEDRO Calla... no hables más... véte. Sé a qué has venido... a torturarme... a completar tu venganza.

MARG. Te equivocas. No vengo a eso... Vengo porque no puedo resistir más... En el teatro, mientras el público reía durante el primer acto, yo recordaba que el mismo día que lo acabaste, hube de llevar tu reloj al Monte de Piedad para celebrarlo con una comida... La primera escena me ha recordado que, escribiéndola, me arrojaste el manuscrito a la cabeza porque te distraía con mimos. El principio del tercer acto me lo leíste en la cama reposando yo la cabeza sobre tu hombro... Y mientras en la sala todos los semblantes reían desbordando alborozo, yo sola permanecía seria, porque no me sentía con derecho a reir. Parecíame que me alcanzaba también una parte de tu brillante éxito. Porque yo he luchado, y he aguardado... contigo Yo no sé,

pero he tenido que retirarme en el fondo del palco, para que no vieran las lágrimas que resbalaban por mis mejillas...

PEDRO Era tu vanidad herida...

MARG. Yo no hubiera vuelto a tí... jamás... si te hubieses presentado ante el público, si te hubiese visto festejado... No, no habría vuelto... porque hubiera recordado el día en que... salí de esta casa. Pero tú no te has mostrado... Lo he comprendido todo y héme aquí.

PEDRO Pues, ¿qué has comprendido?

MARG. (*En voz queda*). Que estabas aquí... en esta estancia... solo... y aguardándome...

PEDRO Te equivocas.

MARG. Calla... calla... no seas malo... Nunca hubiera venido... nunca... si no lo presintiera... si no súpiera ser efectivamente verdad.

PEDRO Bien. Tú has venido, porque te ha deslumbrado mi triunfo; has comprendido que yo tendré mucho dinero y que en adelante seré rico...

MARG. ¿Acaso necesito tu riqueza? (*Retira de su cabeza una peineta colmada de brillantes*). Mira esta peineta. Habría de representarse tu obra un año, día por día, para que pudieras comprarme otra igual... (*Se acerca a él y le abraza*). He venido... porque te amo como jamás he amado a nadie... y porque he presentido que me aguardabas... pues me amas también... sí, sí, tú me amas... He aquí, sinceramente, por qué he venido.

(Se arroja a su cuello.)

PEDRO Véte... véte... (*Sin embargo, sus brazos van paulatinamente enlazando el talle de Margarita*). Has venido, precisamente porque no tenías que venir, porque era muy cruel venir ahora... Dílo así y te creeré.

MARG. No, no, porque te amo mucho, mucho más de lo que yo misma llegué a imaginar. La vida, sin tí, se me ha hecho tan triste, tan vacía... (*Ella le abraza con rostro radiante*). ¡Ah! ¡mi querido, mi adorado

niño!... Vén, siéntate aquí, a mi lado, como en aquellos venturosos tiempos que fueron. (*Margarita se sienta y Pedro, perplejo, sin voluntad, como en un sueño, se sienta junto a ella*). ¡La pequeña estancia de nuestros deliquios!... (*Ríe*). Si supieran donde estoy... les he plantado sin decirles media palabra.

PEDRO Dices que LES has plantado... ¿A quiénes?

MARG. A unos señores de la flor y nata. El duquesito se halla entre ellos. Estoy impaciente por presentártelos. Uno me ha indicado que desea una obra tuya para el Teatro Nacional. Después de la representación, aguárdame en el saloncillo y te presentaré.

PEDRO (*Irguiéndose arrogante e irónico*). Gracias.

MARG. ¡Qué frío hace aquí! (*Recoge sobre su pecho la salida de teatro*). Debieras cambiar de habitación. ¿Sabes lo que podrías hacer? Venirte a vivir conmigo. Tengo un magnífico cuarto con ocho habitaciones, todo lleno de sol... ¿Eh?... ¿Qué dices? (*Consúltase un elegante reloj de oro*). Pero, ¡cómo me estoy distrayendo! Vamos, vamos en seguida. Va a terminar el tercer acto... Una condición: no te olvides de mirarme cuando salgas al proscenio... Estoy en el primer palco de la izquierda.

PEDRO (*Oprimiéndole la mano, con dulzura y firmeza a la vez*). Margarita...

MARG. ¿Qué?

PEDRO Margarita, ¿quieres venirte conmigo?

MARG. ¿Contigo? ¿Adónde?

PEDRO Adonde quieras. A orillas del mar, al Mediodía.

MARG. No me desagrada la ocurrencia... ¿a Niza?

PEDRO No... no... a Niza no. A una pequeña aldea de Italia o de España cuyo nombre no conozcan los turistas; en la costa luminosa del Mediterráneo... ¿Quieres, Margarita, venir conmigo?

MARG. Claro que sí, niño mío. ¡Qué bonito será pasar juntos unas semanas ante el mar, ahora que nos hemos de nuevo encontrado!

PEDRO No unas semanas, Margarita, sino seis meses cuando menos... un año tal vez...

MARG. Lo hablaremos... ¡Ea, despáchate ahora! Vamos a llegar tarde... ¡Cómo mirarán al palco! No se imaginan, a buen seguro, quién yo soy desde este momento.

PEDRO Margarita, no quiero que vuelvas a ese palco.

MARG. Pero, crees acaso que si yo les hubiese dicho una sola palabra antes de marcharme...

PEDRO Repito que no quiero que vuelvas a ese palco.

MARG. Supongo no querrás que cometa una grosería... ¿Qué concepto formarían de mí?

PEDRO Que piensen lo que quieran. Mañana a primera hora partimos.

MARG. ¿Mañana?... Mañana es imposible... La semana que viene, si tanto te empeñas... Yo tengo aquí deberes de sociedad que cumplir... Además, he de arreglarme el equipaje. Para todo esto necesito, a lo menos, dos semanas.

PEDRO Margarita, no quiero que lleves nada contigo. Mañana te compraré lo que necesites.

MARG. (*Riendo*). ¿Has perdido la cabeza, chiquillo?

PEDRO Quiero que no lleves contigo absolutamente nada... que arrojes todas esas prendas de sedas reales... ese manto, cuyo color tiene no sé qué del rubor de la vergüenza y de la impudicia... Y esos brillantes que parecen lágrimas de arrepentimiento.

MARG. (*Nerviosa*). ¿Cómo?... ¡Ah! Me avergonzaría de presentarme tan mal arreglada ante mi portero, al volver a casa.

PEDRO Margarita... No pongas más los pies en esta habitación.

MARG. Sé que no dices esto seriamente... ¡Ea! Despáchate, que vamos a llegar tarde.

PEDRO Lo repito, Margarita. No quiero que vuelvas al palco.

MARG. Conque te empeñas en que rompa groseramente con mis amistades, que arroje las alhajas y las ropas que valen una fortuna... y todo porque, de repente, se te ha ocurrido esa idea, ¿no es eso?

PEDRO Margarita... ¿quieres ser mi esposa?

MARG. (*Balbuciente*). Pedro...

PEDRO ¿Quieres ser mi esposa?

MARG. (*En el mismo tono*). Pedro... verdaderamente... ¿serías capaz?

PEDRO Partiremos juntos... Se olvidará el pasado. Una vida de felicidad, quieta, tranquila, se iniciará en el porvenir... Tendremos hijos.

MARG. (*Con lágrimas en los ojos*). Pedro... Pedro... yo... yo no puedo tener hijos... jamás...

PEDRO ¿También eso?... ¡Pobre desgraciada!... ¡mi desgraciada Margarita! (*Le acaricia la cabeza*). ¡Cuántas venturas te ha arrebatado este año espantoso!... ¡Oh, si hubieses podido aguardar... cuánto mejor no hubiera sido!

MARG. ¡Era tan duro aguardar! Sin embargo, no puedes negarme que resistí mucho tiempo con valor. Sólo cuando creí que esperaba en vano... sólo entonces... (*Se oye un silbido en la calle. Margarita se estremece*). Están llamando los coches. La obra acaba. Vámonos, pronto.

PEDRO (*Asiendo la mano de Margarita*). Margarita, te he dicho que no quiero...

MARG. Claro, tú no lo quieres, porque es el último capricho que te pasa por la cabeza... Así, yo debo tirarlo todo, mis alhajas, mis ropas, mis muebles, porque ello se te antoja. Es tan fácil decir: tira tus diamantes...

PEDRO Lo que yo pretendo es que abomines de tu deshonor.

MARG. ¡Mi deshonor!... Y cuando me cerraste tu puerta... cuando por una palabra a medio entender, me pusiste en la calle, ¿pensaste acaso en lo que yo pudiera acabar? ¿Te inquietaste, entonces, por lo que yo hubiere de hacer? Y ahora que te he perdonado, que vuelvo a tí, empiezas por tratarme como a una esclava. No he venido a esto... no es esto lo que busco aquí... Por tú amor vengo.

PEDRO Yo te...

MARG. ¿Tú me amas? Bien está. Acabada la obra vé al saloncillo.

PEDRO ¡Liviana!... ¡te detesto!... ¡Impúdica!

MARG. ¿Que soy impúdica?... Pues bueno, que lo sea... Pero soy hermosa. Mírame y dí si no soy una hermosa impúdica... que te ama... que no ama si no a tí... Soy tuya.

PEDRO ¡Véte, Liviana!...

(Quiere arrojarse sobre ella.)

MARG. (*Retrocediendo*). Si me quieres, en el saloncillo me aguardarás.

PEDRO Pretendes arrastrarme contigo por el lodo.

MARG. Sí, sí... porque si me amas, me seguirás por el lodo y adondequiera.

PABLO (*Arrebatado*). ¡Fuera de aquí!

(La precipita hacia la puerta y la abre.)

## ESCENA QUINTA

Los mismos, PABLO y más tarde JULIA

PABLO (*Entrando con precipitación por la puerta abierta, tropieza con Pedro*). Pedro... están en la última escena... Rápido, rápido... Va a hundirse el teatro como no te presentes... (*A Margarita*). Perdón... Buenas noches...

MARG. (*Muy amable*). Buenas noches, Pablo... ¡Cuánto tiempo sin vernos!...

PABLO (*Turbado*). De todas maneras, la felicito.

MARG. No puede usted figurarse lo que me alegra este encuentro... Hace mucho tiempo que quería suplicarle me hiciera el retrato... ¡Oh, tener un retrato pintado por usted!

PABLO. Perdone, pero seguramente están terminando el acto. El público parece aguardar con delirio a que baje el telón para poder aclamar el nombre del autor.

MARG. Es cierto, vámonos. En verdad que es usted poco egoísta. Yo le hablaba de su pintura y sin embargo,

usted sólo está pensando en su amigo. En fin, luego hablaremos de todo... Confio en que nos veremos más a menudo en lo sucesivo. Si no tiene usted compromiso esta noche, aguárdenos en el saloncillo.

PABLO Aguardaré... pero le ruego...

MARG. Yo le ruego, a mi vez... adelántese para anunciar que vamos...

PABLO Voy a escape. Les dejo a ustedes mi coche. Pero, sobre todo, no se entretengan. Apenas quedan minutos...

(Sale precipitadamente. Como si Pedro no estuviera presente, Margarita saca de su monedero una cajita y se da polvos y color a los labios.)

MARG. Ha sido una buena idea, la de Pablo, dejándote su carruaje. Será mejor que si fueras en el mío...

PEDRO Margarita...

MARG. Vamos, despáchate...

PEDRO ¡Qué me importa ya todo... con tal pueda tenerte aún a mi lado, abrazarte, sentirte mía... una vez más!

(Se arroja ante ella, hincando en tierra una rodilla y abrazándole locamente las piernas.)

MARG. Tén cuidado. Me arrugas las faldas... Vamos, pronto, que llegaremos tarde...

PEDRO Tú regresarás conmigo... oh... esta misma noche...

MARG. Mañana... mañana pasaré la noche entera contigo...

PEDRO ¡Mañana!... ¡una eternidad!... ¿Por qué no hoy?

MARG. Hoy, amor mío... hoy es imposible... hoy duermo en casa de una amiga... Se lo prometí... y me aguarda... Pero despacha, pronto.

PEDRO Adelántate... yo sigo...

(Margarita en el umbral de la puerta, le echa un beso y sale. Pedro avanza unos pasos, se apoya en el respaldo de una silla, sobre la cual se acoda luego pesadamente.)

JULIA (*Entrando*). También ella ha vuelto... Claro está, era de presumir que hoy volviera...

(Pedro se inclina abatido y cae al suelo.)

¡Dios mío!... (*corriendo a él*) ¡qué le ocurre a usted!

PEDRO (*Abriendo lentamente los ojos*). Ha llegado sin duda,

el momento de la liberación... Por favor... ayúdeme... a acostarme...

(Doña Julia con gran esfuerzo le ayuda a llegar hasta la cama.)

JULIA ¡Señor Dios! ¡voy a buscar al médico!!... ¡Cómo supiera su dirección!... Dígame, dígame, ¿dónde vive?

PEDRO (*Muy quedo*). Está en el teatro...

JULIA ¿Qué hacer, gran Dios, qué hacer?...

(Pedro se tiende en la cama, completamente inmóvil.)

Señor, yo os ruego...

(Doña Julia empieza a sollozar desesperadamente).

## ESCENA SEXTA

PEDRO, JULIA, SECRETARIO, PABLO, más tarde el MÉDICO y luego MARGARITA.

SECR. (*Entra descompuesto, la corbata a un lado, la frente en sudor, fuera de sí*). Pero, maestro, ¡por caridad!... Se lo ruego, se lo suplico... Acaba de caer el telón... El público... (*Divisa a Pedro*). ¡Ah, perdón!...

(Doña Julia levanta la cabeza sin poder pronunciar palabra).

SECR. ¡Diantre!... ¿Será que, por acaso, ha muerto?

(Doña Julia oculta su semblante entre las manos y solloza más fuerte aún).

PABLO (*Antes de entrar, ya se le oye, gritando:*) Pedro... Pedro... ha bajado el telón... Pronto... pronto... (*Distingue a Pedro en la cama y exclama balbuceando*): ¿Qué es esto?

JULIA (*Sollozando*). Yo... he de ir... en busca del médico... en el teatro... (*Sale*).

SECR. Mucho me equivoco o es la propaganda más sensacional que autor alguno haya hecho a su obra... morirse el día mismo del estreno... Esto nos valdrá una millonada...

PABLO (*Impresionado*). ¿Qué está usted diciendo?...

SECR. Que es un autor que ha sabido lanzarse... ¡Crearse

una aureola sin igual!... Es el mejor cartel... Imagínese usted que se ha propalado ya durante la representación que estaba entretenido por una hermosísima golondrina... Como es natúral, esto ha despertado celos... Creo, además, que ha dado de sí el mejor fruto... Y ahora, en vez de seguir importunándonos, se muere... (*Repasa la habitación con la mirada*). Dicen que tiene otros varios manuscritos...

(Distingue el estante de los libros.)

PABLO (*Ahogándose de coraje*). Conque...

SECR. ¿Dice usted...?

PABLO Que basta de semejante historia.

SECR. ¿Cómo?

PABLO ¿No ha oído? Que basta ya...

SECR. ¿Qué tono es ese? Hace tres semanas que me desvivo para proporcionarle un trabajo de treinta mil...

PABLO (*Tras breve titubeo*). Salga usted de aquí al instante...

SECR. (*Poniéndose el sombrero*). Por lo visto, me equivoqué al pensar...

PABLO (*Furioso*). Mal educado... sin vergüenza... (*Se arroja sobre él y le coge por la garganta*). ¡Fuera de aquí, digo!...

(Le empuja hacia la puerta.)

SECR. (*Arreglándose la corbata*). En fin, caballero... después de todo...

PABLO (*Anhelante*). ¡Fuera de aquí... desvergonzado... bandido!...

(El Secretario sale.)

PEDRO (*Levantando un poco la cabeza*). Gracias, amigo mío.

PABLO (*Con mucha dulzura.*) Mi querido Pedro... ¿no te sientes bien?

PEDRO Se me figura que esta vez, muy dulcemente, me largo... ¡Si tú supieras cuán dulce es... cuán dulce es!... ¡Qué absurda vida, qué estúpida vida, la mía!...

(Calla repentinamente).

PABLO ¡Ea! Tú te has fatigado demasiado. Ya te dije que te convenia mucho sosiego...

PEDRO Ese pobre diablo de secretario tiene razón.

PABLO ¡Es un majadero!...

PEDRO Díme, ¿han aplaudido mucho?

PABLO Un éxito loco, vertiginoso.

MARG. (*Entrando con el médico*). Me han dicho que... (*Viendo a Pedro que se ha acodado en la cama*). Me he marchado como una loca: he plantado a todo el mundo...

JULIA (*Al médico*). Se ha caído el pobrecillo... aquí... se ha caído de pronto...

MÉDICO (*Situándose ante la cama*). ¡Todo sea por Dios!... Bien pudo haber escogido otro momento para sentirse mal... El público no está dispuesto a abandonar la sala. Exige que se presente el autor. (*Le pulsa*). Es natural, usted se ha fatigado con exceso. No podía dar otro resultado...

MARG. Pero, ¿tan mal te sentiste que no podías asistir?

PEDRO Abrid la ventana, por favor...

(Pablo abre la ventana. El público que sale del teatro desfila ante ella, oyéndose de cuando en cuando risas de hombre y de mujer. Esto dura hasta terminar el acto.)

PEDRO ¿Oís la risa que se extiende por la ciudad... como una riada de plata?... Más lejos, cada vez más lejos... la mariposa.

JULIA (*Quedo al doctor*). Se acabó todo para él.

MÉDICO Tal vez no, señora...

JULIA ¡Ah! Demasiado lo sé... Mi difunto marido, el pobre, también en sus últimos momentos hablaba de animales... de mamíferos, por cierto... Verdad que era peletero, el pobrecillo...

(Pedro rechina los dientes.)

MARG. Hay que cerrar la ventana...

PEDRO No... no... he de oirla... quiero oirla aún... ¡qué deliciosa música!... (*Margarita le cubre con su abrigo de armiño. Pedro pasa la mano por sobre la piel*). No he sido yo quien te ha comprado... tu calor... ¿te acuerdas? Aquella noche... adiós, Margarita.

(Se tiende inmóvil.)

MARG. Todavía con esta cruel broma...

(Margarita se levanta bruscamente.)

PABLO (*En voz baja al médico*). Doctor, por caridad...

MÉDICO (*Examinando a Pedro*). ¡Hum!... ¡Hum!... ¡se ha extinguido por completo!...

(Margarita sin una lágrima en los párpados, mira fijamente ante sí.)

MARG. ¡Muerto!

PABLO ¡Pobre amigo! ¡Tú eras mejor que los demás!

(Le cierra los ojos.)

JULIA Parece... parece... que va a sonreir...

(Prorrumpe en sollozos.)

MÉDICO En verdad que es una làstima... ¡qué gran talento el suyo! Lo menos hace treinta años que no había visto una obra tan buena...

(Mueve la cabeza como quien repite silenciosamente algo que ha visto.)

MARG. Siéntese, doctor.

MÉDICO Gracias (*Se sienta*). ¡Qué magnífica comedia!... Sobre todo, la escena final del segundo acto... cuando el marido se duerme... (*su rostro se ilumina*). Es... algo... ¡ja, ja, ja, ja, ja!... ¡ja, ja, ja, ja!

(Margarita toca al médico en la espalda. El médico calla instantáneamente. En la calle se oye una sonora risa de mujer, que se va extinguiendo a lo lejos.)

TELÓN LENTO

# ADVERTENCIA

---

Debía aparecer en 1917 esta Biblioteca, pero las terribles circunstancias creadas por la guerra, amenazando gravemente a la industria editorial, nos obligó a un paréntesis que hoy cerramos, si no porque hayan variado materialmente las circunstancias, cuando menos por avizorarse ya en lontananza el iris de paz.

Sirvan estas líneas, para explicar el retraso sufrido en su aparición por la

Biblioteca Insula.